



PROA

Precio: \$ 1.70

P.O. TOLOSA - A.E.J. FESQUET

Ed. 1906
Ed. 1906



FESQUET-TOLOSA

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación
Expediente 14103 - F - 1931 Edición año 1935

Clara Poppi.

PROA

A. E. J. FESQUET
Profesor Normal en Ciencias

P. O. TOLOSA
Profesor Normal en Letras

PROA

Libro de lectura para cuarto grado

Ilustraciones de Juan Hohmann

SÉPTIMA EDICIÓN



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA y Cía. - EDITORES
466 - BOLÍVAR - 466
1909

PRÓLOGO



Leer, y leer bien, es una de las técnicas más difíciles de adquirir. No se nos oculta que en este sentido más que la obra de un libro es la de un maestro encariñado con la lectura y que en todos los momentos de su obra sabe, con ella, atraer e interesar a sus alumnos. Pero la lectura no consiste solamente en saber interpretar y traducir en sonidos los signos convencionales llamados letras y leerlos sin tropiezos. Es algo más. Es ante todo, poner el espíritu frente al espíritu. A través de los libros, en las obras maestras, fluye un algo invisible que estremece y subyuga, despertando más de una sugestión en el espíritu súbitamente puesto a tono. En este sentido PROA ha de prestar una ayuda utilísima al maestro. Creemos, con un gran maestro nuestro, Arturo Marasso, que el libro de lectura, para cumplir con tan delicada como elevada misión, ha de ser en los grados superiores de la educación primaria, "flor de flores". Lecturas donde la pureza del lenguaje y la belleza de la forma se unan a una profunda emotividad del contenido. A esta finalidad responden las lecturas cuidadosamente escogidas entre las firmas nacionales y extranjeras, algunas de ellas de fama universal.

Enseñar a leer es también, principalísimamente, enseñar a pensar. La admirable palabra latina *legere* significa al par que leer, coger. Es decir, interpretar los pensamientos, aún los más ocultos, y aprisionarlos en nuestra estructura mental como conocimiento y adiestramiento.

"Enseñar a pensar". Leer es adentrarse, adueñarse del pensamiento que la escritura encierra.

"Flor de flores". El espíritu debe abrevarse en aguas claras y límpidas. Los griegos aprendían a leer en los poemas inmortales de Homero. Familiarizar al niño con lecturas sanas y acostumbrarlo al esfuerzo paulatino es crear potencias espirituales que lo liberrarán en un mañana no lejano, de la servidumbre de lecturas ramplonas y vulgares, de pensamientos bajos, de acciones incoloras.

La variedad de temas, que va desde las lecturas humorísticas hasta las científicas y didácticas, responde a la edad psicológica de los intereses concretos especializados en que viven los alumnos a quienes va destinado el libro. Por esta razón el libro ha de ser una mansión ricamente amueblada, espaciosa y salubre, con ventanas abiertas a todos los horizontes. El alma de un niño es un delicado resonador. Del milagro de esta resonancia, depende a veces, el porvenir de toda su vida. Basta que por obra y gracia del libro y del maestro, una vez siquiera se opere, para que todo el sendero se ilumine y orientada la ruta, se disciplinen las fuerzas y se concentren todas las energías hacia un ideal, hondamente sentido y tenazmente acariciado.

Campea en las páginas de PROA un sano nacionalismo. Los héroes, los símbolos y las glorias ejemplares de la Patria, desfilan ante los alumnos como un ejemplo vivo de conducta cívica. Se ha procurado llevar en todas las lecturas una finalidad ética; pero las máximas y consejos desaparecen en absoluto para dejar que el dinamismo de las anécdotas y del ejemplo hablen a sus generosos sentimientos de alumno, de hijo, de futuro ciudadano y de hombre.

P. O. Tolosa y A. E. J. Fesquet.

P R O A

*"Linda cosa sería la vida si a cada
voz que suena quisiéramos irle a pre-
guntar si ríe o si llora. Mientras tene-
mos alegre el corazón, imaginemos que
todo lo que suena canta".*

G. Martínez Sierra.



Óleo de A. A. N. C.

Argentina, Tierra de Promisión.

Leer

HIJO mío, ponemos en tus manos este libro con la plena seguridad de que te será útil y agradable. Habrás oído decir muchas veces que un libro bueno es como un excelente compañero, un compañero que conversa con nosotros, que nos cuenta cosas interesantes, que nos instruye y nos deleita. Pero conversar es discutir con nuestro interlocutor, de modo que leer es discutir también con el libro. Por eso tú no debes creer a pie juntillas lo que el libro te diga; debes discutir con él, debes preguntarle el cómo y el porqué de cada cosa. Sólo a ese precio es útil un libro y sólo a ese precio es útil un compañero, porque es el único medio de que tú aprendas a pensar con tu cabecita.



En esas condiciones la lectura de cuantos libros tus padres y maestros pongan en tus manos, te será de mucho provecho. Debes tener en los libros la suficiente fe como

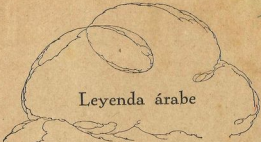
para acudir a ellos en todo momento, pero no tanta como para aceptar a cerra ojos lo que ellos te digan. Lo importante es que tú pienses y sientas, que abras tu inteligencia y tu corazón y te hagas cada día más bueno.

Lee mucho en voz alta, escuchándote, gozando con la música de las palabras y de las frases, lo cual, aparte de ser un excelente ejercicio para tus pulmones, te permitirá mejorar el lenguaje que empleas en tus composiciones y en tu conversación y subsanar, en la medida de tus fuerzas, muchos de los errores en que incurres. Por lo común, quien lee bien, habla y escribe correctamente.

Estudia mucho tus lecciones de lectura. Es una de las materias más importantes de tu grado, pues ella te permitirá, en breve plazo, abrir con tu propia mano la puerta del saber.

Y no te decimos más, sino que seas muy feliz.





Leyenda árabe

CUENTA una leyenda árabe, que un genio maléfico se presentó cierto día a un hombre bajo formas pavorosas, y le dijo:
—¡Vas a morir! Puedo, sin embargo, hacerte gracia de la vida a cambio de una de estas tres condiciones: mata a tu madre, golpea a tu hermana o bebe vino.

—¿Qué hacer? — pensaba el pobre hombre — ¿Dar muerte a quién me ha dado la vida? ¡Imposible! ¿Maltratar a mi hermana? Sería vergonzoso. Beberé vino.

Y bebió vino; pero habiéndose embriagado maltrató a su hermana y mató a su madre.

* * *





La biblioteca del grado

CUANTO me gusta leer! Una vez terminados mis quehaceres, me lavo las manos, tomo un libro interesante y en lugar aireado y claro me siento a leer. Entretenido, paso las horas siguiendo las peripecias del protagonista, o leyendo atentamente los capítulos instructivos de un libro de texto, consultando los temas de que el maestro nos ha hablado en el grado.

Es tal mi ansia de leer y mi afición a los libros, que cuando paso frente a una librería, se me van los ojos tras los volúmenes que se exhiben en los escaparates. Al observar los nutridos anaqueles, me sorprende la cantidad asombrosa de publicaciones, y en esos momentos sólo desearía ser muy rico para comprarlas todas y hojearlas tranquilamente en mi casa.

Pienso que es muy difícil que una sola persona pueda comprar tantos libros; pero es muy fácil, en cambio, que lo puedan hacer varias personas reunidas. En clase somos treinta alumnos; si cada uno de nosotros pudiera conseguir un libro, tendríamos treinta para leer. Es precisamente lo que hicieron los alumnos del cuarto grado del año pasado. Entre todos, atendiendo los consejos e instrucciones del maestro, consiguieron reunir, en el transcurso del año, sin molestas erogaciones, un centenar de libros. Fundaron así, una biblioteca de aula. Le pusieron un nombre: "*Domingo Faustino Sarmiento*", y le buscaron un lema: "*El trabajo todo lo puede*".

Dentro de pocos días elegiremos nosotros la Comisión Directiva que tendrá a su cargo la marcha de la Biblioteca por el presente año. Los libros se piden en sendas solicitudes, dirigidas al bibliotecario, que a primera hora se colocan sobre el escritorio del maestro. El bibliotecario anota los pedidos en un cuaderno destinado al efecto y luego reparte los libros solicitados. Así, diariamente, podemos llevar a nuestras casas obras muy interesantes que de otro modo nos sería casi imposible leer.



El león agradecido

En el desierto de Africa, un león,
que en una pata se clavó una espina,
llamó al teniente de la guarnición,
quien le operó con táctica ladina.

—¡Bravo! — dijo el León al cirujano,
agradecido del favor inmenso.
¿Qué es lo que más deseas? ¿Un ascenso?
Bien. Si es que puedo, te daré una mano.

Y aquella misma noche, dióse prisa
por cumplir su promesa.

Y más fiel que cualquier hijo de Adán,
al teniente buscó, y le dijo: —Amigo,
te ascenderán. Yo sé lo que te digo:
me acabo de comer al capitán.

Carlos Alberto Salustri.
(Trilussa)





El marinero y los monos

UN marinero que tenía un cargamento de gorras coloradas para vender, resolvió recorrer la costa a pie para comerciarlas, pero antes de llegar a una ciudad tuvo que atravesar un bosque en el que abundaba una clase de monos muy pequeños. Como el sol era muy fuerte, el marinero se puso a descansar a la sombra, no tardando en dormirse.

Cuando despertó, tuvo el desagrado de ver que sus gorras habían desaparecido. Una gritería infernal entre los árboles le llamó la atención, y mirando hacia arriba vió con asombro que una cantidad de monitos saltaban de rama en rama.





Todos, en la cabeza, tenían una gorra colorada.

Los muy pícaros habían visto que él llevaba una gorra puesta y, rompiendo la bolsa, se apoderaron cada uno de una gorra, colocándosela. El hombre, furioso, gritó, amenazó; pero todo fué inútil. Por fin, viendo que no había cómo apoderarse de nuevo de las gorras, se quitó la suya y, tirándola con rabia contra el suelo, dijo:

—Ya que me han tomado las otras, quédense con ésta también, que para nada me sirve.

No bien hubo dicho esto, cuando vió, asombrado, que los monitos hacían exactamente lo mismo, arrojando las gorras al suelo. El marinero se apresuró a apoderarse de ellas, y se marchó en seguida, muy contento.

• • •





Dos luchadores incansables

COMO se han producido las diversas sinuosidades que se notan en el borde del mar? ¿Por qué no son lisos y uniformes como los de un recipiente, sino que presentan esas en apariencia caprichosas formas? ¿Por qué razón las costas parecen bellamente re-

cortadas por unas gigantescas tijeras, como orlas de encaje, y ofrecen una tan prodigiosa variedad de adornos (puntas, cabos, promontorios, ensenadas, golfos, bahías, caletas y playas), ora suaves y arenosos, bañados de espuma, ora al-tivos y abruptos, salpicados por las trombas de agua que se estrellan constantemente a sus pies?

Pues todo eso es efecto del eterno combate entre la Tierra y el Mar. Estos dos luchadores incansables se esfuerzan de continuo por dominarse mutuamente. El Mar, siempre inquieto, se abalanza día y noche sobre la Tierra: a veces mansa y traidoramente, a veces furioso y como a pecho descubierto, con ánimo de arrancarle un pedazo de su firme dominio. La Tierra, en cambio, impertérrita e inmóvil, aguanta el embate de su enemigo y repele sus acometidas sonoras.

Una y otro como en toda pelea, van cediendo terreno donde sus fuerzas flaquean, y lo ganan palmo a palmo en los sitios que les son favorables. Y de este mutuo forcejeo, de esta lucha constante, de esos avances, retrocesos y treguas entre la Tierra y el Mar, han nacido, a través de los siglos, las actuales costas, que son como un gráfico detallado y maravilloso de los altibajos de la eterna batalla.

Una península, un promontorio, un cabo, adentrados fieramente en el mar, indican a veces el último baluarte, el pos-trer centinela de la Tierra en un campo para ella perdido. Y una duna arenosa, un pantano salobre, y un desierto, junto a la orilla del Mar, revelan el terreno abandonado por las aguas después de una larga derrota.

Cap. Argüello.

La lección del nietecito

HABIA una vez un anciano tan débil que apenas podía caminar; casi no veía; sus manos temblaban tanto que, estando a la mesa, parte de su sopa caía en el mantel.

Su hijo y su nuera terminaron por disgustarse con ese espectáculo, por lo que el viejo abuelo fué obligado a comer lejos de la mesa, en un rincón. Preparábanle la comida en un cuenco de barro, y aun no se la daban en abundancia. El pobre viejo miraba con ojos llenos de dolor la mesa a que se sentaban sus hijos, y gruesas lágrimas corrían a lo largo de sus rugosas mejillas.

Día llegó, sin embargo, en que sus manos temblantes no pudieron sostener el cuenco, que cayó y se rompió. Su nuera le regañó severamente. Entonces le compraron por unos centavos, una escudilla de madera en la que le obligaron a comer.

En tanto, el nietecito, de cuatro años de edad, sentado en el suelo, se entretiene en ajustar entre ellas, unas tablillas.

—¿Qué haces ahí? — preguntóle el padre.

—¡Diablo! — contestó el niño. —Hago una escudilla. Papá y mamá comerán en ella cuando yo sea grande y ellos viejos.

A estas palabras, marido y mujer se miraron en silencio, y comprendiendo el agravio inferido al abuelo, le hicieron sentar nuevamente a la mesa.

(Adaptación de un cuento de Grimm).



Los músicos improvisados

UN labrador tenía un asno que le había servido durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado y no podía trabajar. El amo pensó matarle para aprovechar la piel. El pollino comprendió y escapó.

Después de largo caminar, encontró un perro viejo que estaba ladrando.

—¿Por qué ladras así? — dijo el asno,

—¡Ah! — contestó el perro—, voy perdiendo fuerzas día a día y no puedo ir a cazar; como no sirvo para nada, mi amo ha querido matarme. Yo he logrado escapar; pero ¿cómo me arreglaré para vivir?

—No tengas cuidado, amigo — repuso el asno—, yo voy a la ciudad para hacerme músico; ven conmigo, y haré que te reciban en la banda. Yo tocaré la tromba y tú los tímpanos.

El perro aceptó y siguieron su marcha. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino, con cara de malhumor, porque hacía tres días que estaba sin comer.

—¿Por qué estás incomodado? — le dijo el asno.

—Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor — respondió el gato—; mi edad es algo avanzada, mis dientes están gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones. Mi ama ha querido matarme, pero me he salvado a tiempo, mas ¿qué hacer ahora? ¿Dónde he de ir?

—Venite con nosotros — le dijo el burro—, tú entiendes bien la música nocturna, y te harás, como nosotros, músico.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos.

Nuestros viajeros pasaron por

delante de un corral, encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué alborotas de esa manera? — dijo el asno.

—Estoy anunciando el buen tiempo — replicó el gallo—, y como mañana es domingo, hay una gran comida en esta casa, y el ama, sin la menor compasión a mis servicios, ha dicho a la cocinera que me ponga con arroz y ha dispuesto que me corten el pescuezo. Así, he gritado con todas mis fuerzas viendo que todavía respiro.

—Cresta roja — dijo el asno—, venite con nosotros; en cualquier lado hallarás una cosa mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Aceptó el gallo la proposición, y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad: ya de noche, pararon en un bosque, donde decidieron descansar. El asno y el perro se colocaron bajo un frondoso árbol, el gato se encaramó al mismo y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado; y antes de dormirse, paseando su mirada a los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos una luz, y dijo a sus compañeros:

—Debe haber una casa cerca

porque distingo bastante claridad.

—Siendo así — contestó el asno —, marchemos hacia ese lado, porque, a la verdad, este paraje no es de mi gusto.

Y añadió el perro:

—En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con un poco de carne.

Se encaminaron hacia el punto de donde salía la luz y encontraron una casa de ladrones espléndidamente iluminada.

El asno se aproximó a la casa y miró por una ventana.

—¿Qué ves? — le preguntó el gallo.

—Una mesa llena de manjares y botellas, y alrededor los ladrones, que, según parece, no se dan mal trato, — dijo el asno.

—¡Qué bien nos vendría ese banquete a nosotros! — dijo el gallo.

—¡Ah, si estuviéramos adentro! — replicó el perro.

Diéronse a pensar un medio para hacer huir a los ladrones y por fin lo hallaron. El asno se puso debajo, colocando sus patas delanteras encima de la ventana; el perro montó sobre el asno, el gato trepó encima del perro, y el gallo voló y se colocó encima del gato. Así colocados, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el

perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar; luego se precipitaron por la ventana dentro del cuarto, rompiendo los vidrios que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro, y escaparon asustados al bosque. Entonces, los cuatro compañeros comieron hasta hartarse.

Apagaron en seguida las luces y fueron a descansar. El asno se acostó en el establo, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Pasada la media noche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo estaba tranquilo, les dijo el capitán:

—Somos unos mandrias; no hemos debido salir de la casa. Y mandó a uno que fuese a ver lo que pasaba. El enviado lo halló todo tranquilo; entró con precaución en la cocina y fué a encender la luz, pero tomando los brillantes ojos del gato por dos ascuas se acercó, y el gato saltó bufando a la cara del ladrón y le arañó horriblemente. Lleno de miedo corrió nuestro hombre hacia la puer-

ta; mas el perro que estaba echado detrás de ella y a quien pisó sin notarlo, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral, al lado del pesebre, se levantó el burro y le tiró dos coces, mientras el gallo, despierto por el ruido y alerta ya, gritaba: "¡Qui-qui-ri-qui!", desde lo alto de la viga.

El ladrón, más muerto que vivo, voló donde estaba su capitán, y le dijo:

—Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera, que me ha arañado, con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado con un enorme

cuchillo que me ha travesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de su pesada maza; y en lo alto, junto al techo, se ha colocado el juez, que grita:

¡Traédmele aquí,
traédmele aquí!

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar en la casa, y los cuatro músicos de tan improvisada orquesta, encontrándose bien en ella, no quisieron abandonarla, buscando en la caza del bosque y en su vegetación, el alimento de cada día.

Grimm.



La llave de la despensa

VOLTAIRE, uno de los más grandes escritores franceses del siglo XVIII, tenía a su servicio un excelente muchacho, fiel, atento y cariñoso con su amo, pero muy perezoso, tanto, que por todos los medios procuraba simplificar su trabajo.

—José — dijole un día Voltaire—, alcánzame los zapatos.

En dos segundos estuvo José de vuelta, y Voltaire observó con desagrado, que sus zapatos guardaban aún rastros de su último paseo por la ciudad.

—¿Te has olvidado de lustrar mis zapatos esta mañana?

—No, señor — respondió José—, pero las calles están llenas de barro, y antes de dos horas los zapatos estarían tan sucios como en este momento.

Sonrióse Voltaire, calzóse los zapatos, y se fué sin responder.

Apenas había transpuesto el umbral de la puerta de calle, cuando José corría detrás suyo.

—Señor, señor — exclamaba—, ¿y la llave?

—¿La llave?...

—Sí, señor, la llave de la despensa para desayunar.

—¿Para desayunar? ¿Y para qué, amigo mío? Antes de dos horas tendrías tanta hambre como en este momento.

José entendió lo que se le quería decir, y de ahí en adelante, lustró todos los días, con sumo cuidado, los zapatos de su amo.

* * *

Día de elecciones

HOY es día de elecciones. Desde el año pasado funciona en el grado una biblioteca fundada y dirigida por los alumnos. Cuenta ya con más de cien volúmenes de lectura sana y escogida. Ha de elegirse hoy la nueva Comisión Directiva, que integran un presidente y un bibliotecario. Estos dos alumnos tendrán a su cargo la tarea de distribuir los libros y arbitrar los recursos que permitan acrecentar el ya rico acervo que les legaron los alumnos del año pasado.

He ahí explicado el alboroto y la algazara que reina hoy en el aula.

A semejanza de lo que ocurre en las elecciones nacionales, los niños, provistos de sendas libretas de enrolamiento confeccionadas especialmente para el acto, se presentan ante la mesa receptora, y depositan su voto en la urna que un compañero improvisó con un pequeño cajón. La votación es secreta y obligatoria. Pasan, uno por uno, todos los alumnos, y el presidente del comicio deja constancia del voto en la correspondiente casilla del padrón electoral.

Con mucho entusiasmo, los candidatos realizaron días atrás una intensa propaganda, y todos esperan ansiosos el escrutinio. ¡Quién pudiera conocer por anticipado lo que la urna encierra! ¿Qué fórmula será la triunfadora? Pero cualesquiera sean los elegidos, todos se sienten estrechamen-

te unidos y ofrecen su espontánea y entusiasta colaboración, sin la cual nada podría hacerse.

Olvidándose por un momento del silencio habitual de la clase, todos conversan animadamente. Entre exclamaciones de júbilo y sorpresa, se van abriendo los sobres, y el maestro computa los votos en la pizarra.

Terminado el escrutinio, un aplauso cerrado celebra la victoria de la fórmula triunfante.





Querer es poder

GODOY CRUZ, diputado por Mendoza al Congreso de Tucumán, escribía a San Martín diciéndole que declarar la independencia "no era soplar y hacer botellas", como dice un refrán común. San Martín le contestó que era más fácil declarar la independencia, que encontrar un solo americano capaz de hacer una sola

botella. Quería el General llevar al ánimo de Godoy Cruz la convicción de que las cosas que de veras se desean, se consiguen siempre. Querer es poder, y el General lo demostró con su ejemplo.

Convencido de que era imposible ir a Lima por el camino del Alto Perú, pidió traslado a Mendoza. Se proponía formar allí un gran ejército para cruzar la cordillera y libertar a chilenos y peruanos.

Es necesario imaginarse lo que era Mendoza por aquellos años, para formarse una idea aproximada de lo que vale el esfuerzo de nuestro Gran Capitán. Mendoza era una ciudad pequeña, un pueblo, a veinte días de viaje de Buenos Aires, viviendo la vida limitada de su aislamiento provinciano, sin comercio, sin industrias, sin riquezas. Pues en medio de toda esa pobreza, San Martín consiguió todo cuanto necesitaba.

Reclutó hombres, y los adiestró él mismo en el campamento del Plumerillo; fabricó sables, lanzas, cañones, fusiles, pólvora, y fué un fraile, Fray Luis Beltrán, el director de su parque; uniformó su ejército, y fueron las damas mendocinas las que, después de regalarle sus joyas para sufragar gastos, cosieron, con sus propias manos, las ropas de los héroes; necesitaba un mapa de los pasos de la cordillera e improvisó un ingeniero, Alvarez Condarco, que levantó los planos con prolijos detalles.

Sólo su férrea voluntad podía realizar el milagro: sacar un ejército de la nada, uniformarlo, adiestrarlo, disciplinarlo y proveerlo de todo, desde las armas y los alimentos hasta los caballos de guerra y las mulas de transporte.

Si San Martín no hubiera llegado a la gloria por su genio guerrero y la larga serie de sus triunfos, merecería la consideración y el aprecio de la posteridad por sus dotes de organizador y por su voluntad capaz de superar las más rudas dificultades.

A ésta no me la quitan

FUE durante la campaña contra el tirano del Paraguay. Para poner término al largo y sangriento batallar, en que los ejércitos enemigos parecían cobrar nuevos alientos después de cada desastre, se ordenó desembarcar tropas en el Chaco a fin de cortarles la comunicación que mantenían con aquel territorio.

Alegres y confiados iban a la cabeza de la columna expedicionaria los voluntarios de la legión argentina, por entre un espeso bosque ribereño, cuando bruscamente fueron atacados por fuerzas paraguayas. Nuestras tropas no pudieron formar cuadro para defenderse, porque habían sido envueltas en la impetuosa acometida. Ni siquiera podían hacer uso de sus fusiles en la confusión del entrevero, y los abandonaron por inútiles, para pelear a cuchillo, cara a cara, uno contra siete, en duelo rabioso y desesperado, acribillándose los pechos a puñaladas y bayonetazos.

La banda de música de la legión se había refugiado con el estandarte bajo un sauzal, a la orilla del río, procurando salvar-



lo. Y en aquel lugar se desarrolló una escena de imponente soberbia, porque pone de relieve ese coraje admirable y temerario del criollo que bravea retozando frente al peligro.

Mientras sus compañeros iban cayendo allí cerca, agobiados por el número y la saña de sus intrépidos atacantes, serenamente, el joven portaestandarte y el viejo sargento de la banda pusieron a hablar de la muerte.

—¡Lo que es a ésta no me la quitan ni con la vida! En cuanto vea asomar los morriones de los paraguayos, me envuelvo en ella y me tiro al río.

—Pero va a caer en aguas enemigas, porque el río es de ellos.

—¡No, viejo! Ya son nuestras porque las dominan nuestros barcos; — y al hablar así señalaba al "Guardia Nacional", del bravo Murature, que navegaba a la distancia, todo empavesado de celeste y blanco, como en un día de gala.

Un alarido atronador resonó entre los matorrales cortando de golpe el diálogo: eran los paraguayos que venían a arrebatarnos aquel trofeo.

Sereno y altivo, con ese gesto de las supremas resoluciones, el oficial cruzó sobre el pecho la enseña, trepó después corriendo a lo más alto de la barranca y se arrojó para morir, a la impetuosa corriente...

Martiniano Leguizamón.



Los ríos

LOS ríos arrastran consigo el agua de lluvia, impidiendo que los terrenos se encharquen. Cuando llueve, la parte de agua que no penetra en el suelo, corre formando arroyos y riachuelos: estas pequeñas corrientes van a parar a los ríos, los cuales, a su vez, se vierten en otros mayores, y éstos por último desembocan en el mar. Todo esto puede observarse en el suelo los días de lluvia, o simplemente derramando agua. El líquido corre por los declives, y siguiendo las grietas y hendiduras, los cursos de agua que se forman desembocan unos en otros como arroyos y ríos pequeñitos.

El agua no puede correr hacia arriba; al caer, encuentra y sigue por sí misma, la mayor pendiente. Ahora bien, cuanto mayor es la pendiente, mayor es la velocidad de las aguas. Así, por ejemplo, los ríos Paraná y Uruguay corren mucho más que el Río de la Plata por la diferencia de sus declives.

En esta forma, cada río ha abierto su cauce y trazado su propio derrotero. Para ello ha tenido que ir socavando el suelo poco a poco, día por día, durante años y años, y siglos y siglos, en una labor que no termina jamás. El río abre su camino por



entre las tierras menos resistentes; pero cuando las condiciones del terreno lo imponen, enfrenta también a las rocas duras. Estas lo resisten más, pero el río logra por fin saltar sobre ellas y seguir adelante. A esta situación deben su origen las cataratas, entre las cuales merece destacarse por la fuerza de sus aguas y por su belleza la del Iguazú, situada en el punto mismo donde se juntan Argentina, Brasil y Paraguay.

Cuando dos pendientes se hallan una junto a otra, aunque ambas estén muy próximas, el agua correrá por las dos, en direcciones contrarias. Tal separación es lo que se llama *divisoria de las aguas*, y generalmente se encuentra en la línea culminante de las cadenas de montañas. La línea que separa nuestro país de Chile, pasa, precisamente, por las altas cumbres que dividen aguas. Este fenómeno lo podemos observar vertiendo agua sobre una montañita de tierra: el agua corre tanto a un lado como a otro. Del mismo modo ocurre en las cordilleras enormes. Por lo tanto, puede ocurrir que dos ríos nazcan en sitios muy próximos uno de otro y no obstante corran en direcciones opuestas.

Toda la extensión de tierra cruzada por un río y por sus afluentes, recibe el nombre de cuenca. La cuenca del río Amazonas y la cuenca del Río de la Plata, abarcan enormes extensiones, de muchos miles de kilómetros cuadrados.



Día del animal

DESDE la más remota antigüedad, el hombre ha encontrado preciosos auxiliares en los animales. En las dilatadas llanuras de ilimitado horizonte, es el caballo el único vehículo de que dispone el hombre, a tal punto, que el gaucho de nuestras pampas no se concibe sin su fiel compañero; en las montañas del noroeste, las llamas, dóciles y seguras, franquean los pasos difíciles y peligrosos; las pacientes mulas, establecen la comunicación a través de la cordillera; y en los desiertos africanos y asiáticos, el camello es el único que se atreve a cruzar la que sería infranqueable barrera; en la India, el elefante robusto y ágil a la vez, sustituye al obrero en rudas faenas, y es animal de silla; en todas partes, el perro, fiel y cariñoso, es el guardián de la casa y como amigo de confianza; y en todas partes, también, los pequeños y pintados pajarillos, nos prestan el encanto de su plumaje y la melodía de sus trinos.

Domesticados por el hombre, se encuentran privados de todos los recursos con que contaban en su vida libre e independiente. Es, pues, un deber nuestro cuidar de tan eficaces como útiles servidores. Ellos sufren y gozan al igual del hombre.

Un sentimiento generoso, la bondad, debe guiarnos siempre en el trato con los animales. Una persona es tanto más buena, no sólo cuanto menos mal hace, sino cuanto más evita el sufrimiento ajeno. Cuanto más culta y civilizada es, más buena y solícita se muestra en el trato con las bestias.

Un grupo de personas bondadosas, cuyo número crece diariamente, fundaron hace varios años, la "Sociedad Pro-

tectora de Animales" que tanto bien hace con su propaganda tenaz y fervorosa. En todas las plazas y paseos públicos, carteles sobrios llevan estampadas las bellas palabras: "*Sed compasivos con los animales*" como una orden imperiosa que debemos cumplir y hacer cumplir.





Epigramas

MADURECES

—Ansioso un higo comía —
cuenta a Gil el viejo Arbelo —
y ¡tris! saltó un diente al suelo
de sólo tres que tenía.

—Es bien raro ese accidente
estando maduro el higo.
Y aquél respondióle: —Amigo,
más maduro estaba el diente.

EL ASNO LEYENTE

—Mi asno lee y es erudito, —
Decía Perico a Pablo;
y por prueba, en el establo
púsole un papel escrito.

—¡Hombre, no mientas así!
Yo no le oigo leer ni jota.
—¿Qué has de oír? ¿No ves, idiota,
que él lee sólo para sí?

PROPOSICIÓN DE UN GASTRÓNOMO

—Para poderse comer
un pichón a cualquier hora —
decía Bruno a Isidora —
dos al menos deben ser.
—Para tan parca ración
¿no es muy bastante con uno?
—Dos deben ser — dijo Bruno—;
el que come y el pichón.

Francisco Acuña de Figueroa.

Quien hizo mal, no espere bien

UN camello y un chacal se hicieron amigos. Un día el chacal dijo al camello:

—Sé que del otro lado del río hay un gran plantío de cañas de azúcar. Si quieres llevarme a la grupa para pasar el río, habrá fiesta para los dos. Tú te hartarás de cañas de azúcar y yo encontraré en la otra orilla cangrejitos y pececillos en abundancia.

El camello consintió. El chacal se instaló entre las dos gibas de su amigo, y éste, nadando hábilmente, cruzó el río y llegó a la orilla opuesta.

En efecto, había allí abundante materia para un festín y los dos amigos se entregaron de inmediato a la agradable tarea de comer.

Pero como la capacidad del estómago de un chacal es muy diferente de la de un camello, el primero ya se había saciado cuando el segundo empezaba a calmar su hambre.

El chacal comenzó entonces a burlarse de su compañero, llamándolo glotón y algo peor; y como era un espíritu incorregiblemente travieso, se puso a correr alrededor del plantío de cañas de azúcar, lanzando los aullidos propios de su especie.

Avisados por esos aullidos, acudieron los habitantes de la aldea vecina y, mientras el chacal se salvaba en rápida fuga, desahogaron su ira en el pobre camello, que fué apaleado sin piedad.

Al anochecer, el camello, dolorido y ensangrentado, se encontró con el chacal en la orilla del río.

—¿Volvamos a casa? — propuso este último.

—Con mucho gusto — contestó el camello. —Sube.

Llegados a la mitad del río, el camello exclamó de pronto:

—De los malos amigos libreme el cielo... Hoy te has portado muy mal conmigo. ¿Por qué te pusiste a gritar? Llamaste la atención de los aldeanos, que vinieron a molestar-me a palos.

El chacal volvió la cabeza para que su amigo no le viera sonreír con sorna, y respondió con palabra melosa:

—No lo hice intencionalmente. ¿Qué quieres? Tengo la costumbre de cantar después de comer. No lo puedo evitar. Es mi manera de hacer la siesta.

El camello continuó nadando un poco más, y al llegar a un sitio donde el agua era más profunda y turbia, dijo tranquilamente:

—Comprendo. Algo parecido me pasa a mí. Cuando me encuentro en el agua tengo la costumbre de zambullirme bien hondo...

—¡Oh! ¡No lo hagas ahora, por favor! — suplicó asustado el chacal. —¿Qué sería de mí?

—¿Qué quieres? No puedo evitarlo. Es mi manera de bañarme.

Y el camello se volvió bruscamente patas arriba, arrojando al chacal que, como no sabía nadar, pereció ahogado.

(Cuento hindú).



El petróleo

EL petróleo es un líquido más o menos pastoso, cuya compleja composición varía según los lugares donde se produce. Brota del subsuelo en fuentes copiosas, a veces con fuerza extraordinaria, merced a las perforaciones que se practican en los terrenos por cuyas profundidades corre. El petróleo es conocido desde tiempo antiguo, pero su utilización en gran escala data de mediados del siglo pasado.

Es un líquido oleoso, más liviano que el agua, de olor característico y cuyo color puede ir desde el amarillo pardo hasta el negro.

La destilación del petróleo da una cantidad de subproductos de gran aplicación en la industria, entre los cuales debemos destacar la nafta, bencina, trementina, kerosene, el gas líquido o "supergas", etc., quedando como residuos de la destilación, aceites lubricantes, vaselina, parafina y coke.

El subsuelo de nuestro país, es riquísimo en este combustible líquido. Merecen citarse los yacimientos de Cacheuta

y los de "El Sosneado" (Mendoza); los de Plaza Huincul (Neuquén) descubiertos en septiembre de 1918; los de Salta que comenzaron a ser explotados en 1926 y constituyen en la actualidad una rica fuente de ingreso para dicha provincia.

Párrafo aparte merecen los de la zona de Comodoro Rivadavia. Estos yacimientos, de una riqueza incomparable, fueron descubiertos, el 13 de diciembre de 1907, al tratar de perforar un pozo para proveer de agua potable a la población. El petróleo surgió a los 550 metros de profundidad.

Desde su descubrimiento hasta la fecha, una vez estudiado el subsuelo, se han abierto cerca de 2.000 pozos, de los cuales fluye el petróleo en abundancia, habiendo producido uno de ellos, espontáneamente, hasta mil metros cúbicos en un día.

El petróleo de Comodoro Rivadavia, que es considerado como uno de los mejores del mundo, en su carácter de combustible, está llamado a reemplazar con ventaja al carbón de piedra. Es tal la importancia del petróleo como combustible, que la importación de carbón de piedra en nuestro país, ha disminuido sensiblemente. Recuérdese que hasta 1914 se importaban al país unos 4.000.000 de toneladas de ese mineral por año, que exigía un desembolso de 40.000.000 de pesos oro.

La proximidad al mar, de estos yacimientos, facilita su almacenamiento y transporte, pues de los muchos tanques allí instalados, pasa el petróleo por medio de bombas, a los buques petrolíferos que posee el Gobierno. Estos barcos atracan en la dársena sur del puerto de Buenos Aires, donde el petróleo se almacena en grandes tanques-depósitos y en el puerto de La Plata donde se levanta la destilería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (Y. P. F.) uno de los establecimientos modelos en su género. En Campana y Avellaneda, existen también grandes establecimientos particulares que destilan y refinan el petróleo que proviene de los diversos yacimientos argentinos.



El imprudente deseo

UN leñador abatía encinas en una gran floresta. Agotado por la fatiga, cubierto de sudor, el pobre hombre se detuvo un momento a descansar; y, pensando en su penosa vida, se lamentaba diciendo:

—¡Qué desgracia la de haber nacido pobre! ¿Qué habré hecho yo para merecer semejante suerte? ¿Por qué no seré yo también rico y feliz?

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando vió aparecer a pocos pasos de él un joven ricamente vestido, que con dulce voz le decía:

—He oído tus quejas y me he apiadado de ti; pide lo

que desees, que te será concedido.

El leñador, entre sonriente y azorado, respondió sin reflexionar:

—Buen genio, puesto qué es de tu agrado, ordena que todo lo que yo toque se transforme en oro.

—Hubiera preferido — respondió tristemente el genio — que me pidieras algo mejor. Pero, en fin, que todo se haga según tu voluntad.

Dicho lo cual desapareció.

Descando ensayar su poder, el leñador tomó una rama de encina, e inmediatamente la rama, con sus hojas y sus frutos, se transformó en oro.

—¡Oh alegría! ¡Oh milagro! — gritaba el leñador. —Desde hoy en adelante no trabajaré más y viviré feliz, no comeré sino pan blanco y sabrosos asados, y no beberé otra cosa que vino añejo. Por última vez, y como despedida, voy a almorzar este pan negro y voy a aplacar mi sed con el agua de este cántaro.

Y diciendo y haciendo, partió el pan y lo llevó a la boca, pero el pan se había transmutado en oro. Tomó el cántaro, y lo aproximó a los labios. ¡Maldición! El agua, convertida en metal, no corría.

—¿Qué he hecho? — murmuraba temblando el desesperado leñador. —¡Qué grave falta he cometido por mi excesivo amor a las riquezas! ¿Acaso este maldito metal aplacará mi hambre y mi sed? ¡Ah, todo el oro del mundo daría yo por un pedazo de pan y un vaso de agua!

En ese momento, el leñador se despertó, pues todo aquello no había sido más que un sueño.

—¡Oh alegría! — exclamaba el pobre hombre. —En lugar de oro tengo aún mi pan y mi fresca agua clara. ¡Cuánto voy a amar de hoy en adelante mi vida laboriosa!

Adaptación de un cuento de Schmid.



La Puna de Atacama

HAY, todavía, en nuestro país, vastas regiones si no desconocidas en absoluto, tan extrañas a todo lo que sea progreso y tan huérfanas de la acción civilizadora del hombre, que conservan casi intacto el misterio de las regiones inexploradas. Tal, por ejemplo, la Puna de Atacama.

Enclavada en el ángulo NW. del país en el macizo andino, nuestra Puna es un desierto seco, árido y pedregoso. Llueve poquísimos. Encapótase a menudo el cielo, con gran

aparato de nubes, rayos, relámpagos y truenos como anunciando un formidable diluvio, y luego de precipitar cuatro gotas, despéjase el espacio y vuelve el sol con su lluvia de fuego sobre los peñascos. En esas regiones cae tanta agua en todo el año, como en un solo día de lluvia abundante en nuestro litoral. El aire es extremadamente seco y enrarecido por la altura; el paisaje monótono y desolado.

Vive aún en medio de tanta hosquedad, el indio autóctono, el "coya", sumiso, paciente y miserable, de estatura baja, magro, de tez bronceada, cabellos cerdosos y negros, de barba rala y ojos ligeramente oblicuos. Todo su aspecto recuerda a los hombres de raza amarilla. Mastican continuamente hojas de coca, artículo de primera necesidad para ellos, por sus propiedades estimulantes.

Los niños de ambos sexos concurren a las escuelitas de la Patria destacadas en aquellas soledades. Van semidesnudos y como a veces sus ranchitos están a tan largas distancias, se albergan los pequeños en las barrancas, entre la oquedad de las piedras, durante toda la época escolar. Y viven solos, preparándose ellos mismos sus alimentos, defendiéndose como pueden de los soles agostadores del estío y de las frías noches invernales.





Faros y torreros

EL día va agonizando. El Atlántico balancea sus amplias olas como si respirase acompasadamente antes de adormecerse. El Sol, como una rodela de hierro candente, parece dudar, asomado al abismo del horizonte. Y de pronto, se hunde del otro lado y desaparece.

Este es el solemne instante crepuscular. Antaño, los marineros del siglo XIV, escudriñando atónitos el misterioso

océano, escuchaban atentamente para oír la crepitación del Sol al hundirse en el mar, convencidos de que el astro se apagaba cada noche en el seno de las aguas, y se deslizaba, negro y triste por los subterráneos del mundo, para volver a encenderse y asomar luego al lado opuesto de la Tierra.

Pasan uno, dos, tres, cuatro minutos... hasta quince. Exactamente al cabo de ellos, con precisión cronométrica, sobre la punta de esos peñascos que se recortan a la derecha, brota súbitamente una luz, un resplandor vivo y agudo, que parpadea y vacila un momento y luego comienza a girar sobre sí mismo con ritmo perfecto.

En seguida aparecen — a la izquierda, en frente, unas cerca, otras lejos, rojas, blancas, fijas o dotadas de largos destellos — otras luces que parecen hablar entre sí con sus mudas señales. Fieles a la orden que les impone encenderse exactamente quince minutos después de ponerse el Sol, todos los faros de la costa brillan. Y ya no se apagarán hasta un cuarto de hora antes de que el astro vuelva a asomar por oriente.

Mientras la Tierra duerme, los centinelas del mar montan la guardia de la costa. Son dieciséis: dieciséis faros luminosos blancos, verdes, rojos, para decir a los navegantes perdidos en las tinieblas: "¡Cuidado! ¡He aquí el peligro! Ahí está la roca traidora, esa punta afilada, ese arrecife invisible". Seis de esos faros están levantados sobre la tierra firme, tres en islotes yermos, y los siete restantes sobre rocas aisladas y hundidas en pleno mar. Estos últimos son los llamados *solitarios*. ¿Os dais bien cuenta de lo que significa eso: faros solitarios?

El 18 de abril de 1911, el torrero del faro de Kerdenis (Francia), llamado Matelot, cayó repentinamente enfermo y murió al poco tiempo, cuando cerraba la noche y con ella una furiosa tempestad. Era imposible ir en busca de auxi-

lio, ni siquiera a la aldea más próxima. Y, sin embargo, aunque el torrero muriese, el deber imponía, y aquella noche más que nunca, encender el faro y vigilarlo como de costumbre. La mujer de Matelot, ayudada por uno o dos de sus hijos, pues tenía seis y casi todos ellos eran pequeñuelos, se encargó del servicio; encendió el faro, reguló sus destellos, en tanto atendía al marido agonizante, yendo y viniendo de la linterna al techo. Afuera seguía bramando el temporal. Por fin, el torrero murió. Entonces la viuda y los huérfanos repartieron la fúnebre velada entre el cadáver y la linterna del faro. La luz salvadora, no dejó de brillar ni un momento. Una medalla honorífica y una pensión vitalicia fueron el justo premio otorgado al sacrificio heroico de aquel puñado de humildes.

Jorge Toudouze.





Reproducción a pluma del monumento
"El Indio", por H. Cutler.



El adivino

ERA un campesino pobre y muy astuto, apodado Escarabajo, que quería adquirir fama de adivino.

Un día robó una sábana a una mujer, la escondió en un montón de paja y empezó a alabarse diciendo que estaba en su poder adivinarlo todo. La mujer lo oyó y vió a él pidiéndole que adivinase dónde estaba su sábana. El campesino le preguntó:

—¿Y qué me darás por mi trabajo?

—Una bolsa de harina y una libra de manteca.

—Está bien.

Se puso a hacer como que meditaba, y luego le indicó el sitio donde estaba escondida la sábana.

Dos o tres días después desapareció un caballo de pertenencia de uno de los más ricos propietarios del pueblo. Era Escarabajo quien lo había robado y conducido al bosque, donde lo había atado a un árbol.

El señor mandó llamar al adivino y éste, imitando los gestos y procedimientos de un verdadero mago, le dijo:

—Envía tus criados al bosque; allí está tu caballo atado a un árbol.

Fueron al bosque, encontraron el caballo, y el contento propietario dió al campesino cien rublos. Desde entonces acreció su fama, extendiéndose por todo el país.

Por-desgracia, ocurrió que al zar se le perdió su anillo nupcial, y por más que lo buscaron por todas partes no lo pudieron encontrar.

Entonces el zar mandó llamar al adivino, dando órdenes de que lo trajeran a su palacio lo más pronto posible. Los mensajeros llegados al pueblo, cogieron al campesino, lo sentaron en un coche y lo llevaron a la capital. Escarabajo, con gran miedo, pensaba así:

"Ha llegado la hora de mi perdición. ¿Cómo podré adivinar dónde está el anillo? Se encolerizará el zar y me expulsará del país o mandará que me maten".

Lo llevaron ante el zar y éste le dijo:

—¡Hola, amigo! Si adivinas dónde se halla mi anillo te recompensaré bien; pero si no, haré que te corten la cabeza.

Y ordenó que lo encerrasen en una habitación separada, diciendo a sus servidores:

—Que le dejen solo para que medite toda la noche y me dé la contestación mañana temprano.

Lo llevaron a una habitación y le dejaron allí solo. El campesino se sentó en una silla y pensó para sus adentros: "¿Qué contestación daré al zar? Será mejor que espere la llegada de la noche y me escape; apenas los gallos canten tres veces, huiré de aquí".

El anillo del zar había sido robado por tres servidores de palacio: el uno era el lacayo, el otro el cocinero y el tercero cochero. Hablaron entre sí los tres, diciendo:

—¿Qué haremos? Si este adivino sabe que somos nosotros los que hemos robado el anillo, nos condenarán a muerte. Lo mejor será ir a escuchar a la puerta de su habitación; si no dice nada, tampoco lo diremos nosotros; pero si nos reconoce por ladrones, no hay más remedio que rogarle que no nos denuncie al zar.

Así lo acordaron, y el lacayo se fué a escuchar a la puerta. De pronto se oyó por primera vez el canto del gallo y el campesino exclamó:

—¡Gracias a Dios! Ya está

uno; hay que esperar a los otros dos.

Al lacayo se le paralizó el corazón de miedo. Acudió a sus compañeros diciéndoles:

—¡Oh, amigos, me ha reconocido! Apenas me acerqué a la puerta exclamó: "Ya está uno; hay que esperar a los otros dos".

—Espera, ahora iré yo — dijo el cochero — y se fué a escuchar a la puerta.

En aquel momento los gallos cantaron por segunda vez, y el campesino dijo:

—¡Gracias a Dios! Ya están dos; hay que esperar sólo al tercero.

—¡Oh, amigos, también me ha reconocido!

—Si me reconoce también, iremos todos, nos echaremos a sus pies, y le rogaremos que no nos denuncie y no cause nuestra perdición.

Los tres se dirigieron hacia la habitación, y el cocinero se acercó a la puerta para escuchar. De pronto cantaron los gallos por tercera vez, y el campesino, persignándose, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Ya están los tres!

Y se lanzó hacia la puerta con intención de huir del palacio; pero los ladrones salieron a su encuentro y se echaron a sus plantas, suplicándole:

—Nuestras vidas están en tus manos. No nos pierdas; no nos denuncies al zar. Aquí tienes el anillo.

—Bueno; por esta vez os perdono — contestó el adivino.

Tomó el anillo, levantó una plancha del suelo y lo escondió debajo.

Por la mañana el zar, despertándose, hizo venir al adivino y le preguntó:

—¿Has pensado bastante?

—Sí, ya sé dónde se halla el anillo. Se te ha caído; y rodando se ha metido debajo de esta plancha.

Quitaron la plancha y sacaron de allí el anillo. El zar recompensó generosamente al adivino, ordenó que le diesen de comer y de beber y se fué a dar una vuelta por el jardín.

Cuando paseaba por una vereda vió un escarabajo, lo atrapó y volvió a palacio.

—Oye — dijo al campesino — si eres adivino, tienes que adivinar qué es lo que tengo encerrado en mi puño.

El campesino se asustó y murmuró entre dientes:

—Escarabajo, ahora sí que estás cogido por la mano poderosa del zar.

—¡Es verdad! ¡Has acertado! — exclamó el zar. Y dándole aún más dinero le dejó irse a su casa colmado de honores.

Afanasiev.

La cántara mágica

UN pobre labrador araba su campo. Al terminar un surco, la reja del arado — que era de madera — tropezó con un objeto duro y se rompió. Era una gran cántara de barro. Queriendo compensar con algo la avería del arado, el labrador se llevó la cántara a su casa. Le contó la desgracia a su mujer, pero ésta comenzó a gritar como si el pobre hombre tuviera la culpa de aquel accidente.

El aldeano se preparaba para ir al mercado. Al pasar delante de la cántara, dejó caer en ella un hilo de monedas. Fué a recogerlo, y cuando lo hubo sacado, vió que en el fondo había otro exactamente igual. Sacó este otro hilo de monedas y se encontró con que quedaba otro. Comprendió que la cántara era mágica y tenía el poder de reproducir constantemente lo que se sacaba de ella. De este modo el labrador se hizo rico. Mandó a su mujer que no contara a nadie lo sucedido y la mujer juró guardar silencio.

Pero no pudo contenerse y contó la historia. El hecho llegó a oídos del propietario colindante, quien puso pleito al labrador, diciendo que la cántara había sido hallada en su heredad. El juez oyó a las dos partes, y habiéndose enterado bien del asunto, confiscó el objeto en litigio y despidió a los litigantes. El labrador y su vecino anduvieron por todo el pueblo quejándose de la codicia del juez. En esto, el padre del juez, al regresar, oyó lo que decían de

su hijo. Fué a buscarle y le afeó duramente su conducta, diciéndole que no comprendía cómo por una miserable cántara de barro, echaba por los suelos su honra y fama. Entonces el juez le contestó:

—Es que no se trata de una cántara cualquiera. Ven y lo verás.

Y llevó a su padre ante la cántara, cuyas propiedades milagrosas le explicó. Però apenas había terminado su explicación, cuando ya estaba el padre, echado sobre la cántara, vertiendo en ella todo su dinero y sacando monedas a puñados. Tanto se inclinó el viejo, que se cayó dentro. Acudió el hijo a sacar al padre de la cántara. Però cuando lo hubo sacado, vió en el fondo otro anciano exactamente igual. Lo sacó también, y al punto apareció un tercer viejo, un tercer padre, a quien el juez tuvo que rendir el mismo tributo de cariño. Mas no bien estuvo afuera este tercer padre cuando ya un cuarto padre se agitaba quejumbroso en el fondo de la cántara. Y el mal juez, desesperado, se encontró con que tenía que pasarse la vida sacando padres de la cántara.

Cuento popular chino.





Himno Nacional Argentino

¿Dónde y cómo se escribió

EN la calle Perú, cerca de la antigua morada de los Virreyes, existía una casa de aspecto casi ruinoso, señalada con el número 533. Una recia puerta y el característico techo de tejas morunas delataban su origen colonial.

En la segunda habitación de la entrada de dicha casa, y sobre una mesa de caoba comprada por la familia López a un oficial inglés en 1807, fué escrito el Himno Nacional en la noche del 8 de mayo de 1813.

Desde mediados de abril de 1813, sentía el cantor del "Triunfo Argentino", aunque vagamente, la canción vibrante y triunfadora que había de inmortalizar su nombre. El 8 de mayo, llegó a la Casa de Comedias, creación del bondadoso y progresista virrey americano Juan J. Vértiz.

Representábase la comedia patriótica de Ducis, "Antonio y Cleopatra". El desarrollo de la obra iba caldeando poco a poco el ánimo del poeta, que aplaudía con entusiasmo los pasajes patrióticos del drama. Después del segundo acto, abandonó el teatro con el cerebro ardiente y el corazón palpitante de entusiasmo y de inspiración.

Llegó a su casa, y allí, sobre la mesita dos veces histórica, casi vertiginosamente cayeron sobre el papel las octavas que un año más tarde debían sonar en todos los ejércitos argentinos, y ocho años después en toda la América del Sur.

Poco después, un selecto concurso se reunió en el salón de actos del Consulado, para oír el primer ensayo del Himno Nacional puesto en música por don Blas Parera; y oyó, puesto de pie, y con silencioso respeto, las notas del Himno, que debía ser el monumento más duradero de la Revolución argentina.

Lucio V. López.

Himno Nacional Argentino

Coro

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.

I

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oíd el ruido de rotas cadenas!...
Ved en trono a la noble Igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un león.

II

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
la grandeza se anida en sus pechos;
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.

III

✓
Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor:
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel;
su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

IV

✓
¿No los véis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz,
y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los véis sobre el triste Caracas
luto, llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieraz
todo pueblo que logran rendir?

V

✓
A vosotros se atreve, argentinos,
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

VI

✓
¡El valiente argentino a las armas,
corre ardiente con brío y valor!
El clarín de la guerra, cual trueno,
en los campos del Sud resonó.

Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la inclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico, altivo león.

VII

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen:
"Aquí el brazo argentino triunfó;
aquí, el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló".

VIII

La Victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno a su gran majestad.

IX

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: "¡Mortales, oid!
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Urfidas del Sud".
Y los libres del mundo responden:
"Al gran pueblo argentino, salud!"

Vicente López y Planes.

Patria y honor

FUE cuando la guerra con el Brasil. Leonardo Rosales y Tomás Espora peleaban a las órdenes de Brown; Espora, en el buque de éste, la capitana; Rosales, en otro.

Una orden mal transmitida por Espora, o mal interpretada por Rosales, disgustó a ambos jefes. El duelo era inevitable. Brown supo el incidente, y, llamando a ambos jefes a su presencia, les habló en nombre de la patria, del honor y del deber.

Les dijo que dos bravos como ellos, no podían rehuir un lance de honor, después de las ofensas cambiadas; pero que ese duelo realizado en nombre del honor, debía redundar en obsequio de la patria que necesitaba y reclamaba de ellos sus servicios.

—Una muerte oscura, en el secreto de un duelo vulgar, sin gloria ni provecho para nadie, no corresponde a dos soldados como ustedes — les dijo Brown. —Mañana al rayar el alba, continuaremos el combate que el temporal nos ha hecho suspender hoy. Ese será el momento de que ustedes diriman su cuestión personal. El primero de ustedes que abrace el palo mayor del buque insignia enemigo, ese será el vencedor y el más bravo. El testigo de este duelo será Dios; el premio, la gloria; el juez, yo.

Rosales y Espora, conmovidos y convencidos, se despidieron de Brown aceptando las condiciones impuestas por tan valiente jefe a tan bravos oficiales.

Cuando a la mañana siguiente se trababa de nuevo el combate, el buque enemigo que Brown había designado, se veía simultáneamente acometido por babor y estribor, por los barquichuelos que mandaban Espora y Rosales.

Era inútil el esfuerzo de las naves brasileñas que venían en protección del buque atacado. Parecía que las dos embarcaciones argentinas, desafiando todos los peligros, volasen en alas de un propósito. Por uno y otro lado se acercan, en medio del fuego del cañón y de los fusiles, las naves de Espora y de Rosales. Este logra amurar primero por babor y exclama:

—¡Al abordaje, muchachos!

Y saltando sobre la cubierta del buque brasileño, le grita a Espora que llega también por estribor:

—¡He vencido! ¡Soy el primero!

—¡Aun no! La cita es en el palo mayor — le replica Espora.

Las tripulaciones de ambos buques se batían sobre la cubierta de la nave brasileña. Espora y Rosales luchan cuerpo a cuerpo, a arma blanca, con cuanto se opone a su paso para llegar hasta el palo mayor del buque abordado. La muerte se encuentra en todas partes. Se avanza y se retrocede, y cada palmo de cubierta que se gana cuesta sangre que corre a teñir las aguas donde se pelea. De pronto, el enemigo arria la bandera. El buque brasileño está tomado.

Llegan jadeantes, juntos, cubiertos de sangre propia y ajena, los dos nobles adversarios, y al ir a precipitarse sobre aquel mástil, se encuentran con el almirante Brown, que, cruzado de brazos y dando órdenes, espera allí a sus dos héroes, seguro de que sólo la muerte les habría impedido llegar a aquella cita de gloria.

Luis V. Varela.



Una aventura en el estrecho de Magallanes

El autor de este relato, marino norteamericano, realizó completamente solo, de 1895 a 1896, la vuelta al mundo en su balandro "Spray".

EN el momento de partir se me acercó un marino austriaco apellidado Samblich, y alargándome un saco de tachuelas, me dijo que seguramente podrían servirme más que media docena de hombres y perros para defenderme de los salvajes de Tierra del

Fuego. Me quedé sorprendido, pero Samblich insistió en su oferta, insinuándome nada más "que me guardara de andar descalzo sobre las tachuelas". Le agradecí el donativo sin saber qué pensar de él ni del misterioso donante.

A mediados de febrero de 1896 partí de Punta Arenas y al día siguiente arribé a Fortescue, donde al punto me vi asaltado por canoas repletas de indios. Para que no me creyeran solo a bordo, vestí de chaqueta y gorra a un trozo de palo de bauprés, y lo puse de guardia. Luego me fui a la cámara, mudé de traje varias veces con gran rapidez, y cada una de ellas me asomaba un instante a la ventana, para que los indios creyeran que se trataba de hombres distintos y numerosos. Por fin volví a la cubierta armado de un rifle.

Aguardé a que las canoas se acercasen a unos cien metros, y rompí el fuego apuntándole al jefe de los salvajes, sin otro propósito que el de asustarle. Los proyectiles debieron pasarle silbando muy cerca del oído, porque inmediatamente comenzaron a retirarse.

En lo restante del mes crucé el estrecho sin que dejara de temer a los salvajes más que a las tempestades. Al salir a la inmensidad del Pacífico, lo hallé en un estado por completo opuesto a su denominación, tan iracundo y revuelto, que no pude menos que exclamar en voz alta, angustiado y alzando los ojos al cielo: "¡Jesús! Acordaos, Señor, que mi barco es pequeño y débil y este mar poderoso e inmenso".

Salvando montañas y remolinos que a cada instante amenazaban sepultarme, penetré en el canal de Cockburn, y pasada la Bahía de los Ladrones, anclé al anochecer en una caleta abrigada, donde, rendido por la brega incesante de los días anteriores, pensé descansar, alimentarme y dormir. Esto último, sin embargo, era muy expuesto en un paraje como aquel, frecuentado de continuo por los indios. Y en tal dificultad y riesgo estaba yo pensando, cuando se me

ocurrió que aquel sería el momento de utilizar las famosas tachuelas. Asiendo por el fondo el saco que las contenía, las esparcí y sembré por toda la cubierta, que quedó erizada de púas; y encerrándome luego en mi camarote, vestido y calzado, me tumbé en el diván con el rifle al alcance de la mano.

A eso de media noche me despertó con gran sobresalto una espantosa y súbita algarabía de aullidos feroces, exclamaciones salvajes y escandalosos chapuccos alrededor del balandro. Subí prontamente a la cubierta empuñando el arma, y disparé varios tiros contra las fugitivas canoas de los indígenas, cuyos hachones encendidos ofrecían un excelente blanco. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron y todo volvió a quedar sosegado.

¿Qué había ocurrido? Los salvajes se acercaron con gran sigilo al balandro, y creyéndose dueños de la indefensa nave y de sus tripulantes dormidos, se encaramaron a las bordas blandiendo picas y garrotes. Pero apenas saltaron sobre cubierta, sus pies descalzos sintieron las vivas, silenciosas y diabólicas punzadas de mil espíritus invisibles, que tales eran para ellos mis tachuelas; quisieron desprenderse de sus picaduras horribles, y cuanto más corrían por la cubierta, tanto más se pinchaban; hasta que por fin, lanzando aullidos desgarradores y furiosos lamentos, se lanzaron todos de cabeza al mar, en confuso tropel, huyendo a toda prisa del maléfico y encantado balandro.

Josué Slocum.



El nido de jilgueros

SOBRE una rama ahorquillada de nuestro ce-rezo, había un nido de jilgueros que daba gusto verlo, redondo, perfecto, lleno de crines por fuera y de suave plumón por dentro. En él acababan de nacer cuatro pajarillos. Yo le dije a mi padre:

—Me entran ganas de tomarlos para educarlos.

Mi padre me había explicado a menudo que es un cri-

men encerrar los pájaros en una jaula. Pero esta vez, cansado, sin duda de repetir la misma cosa, no encontró nada que replicarme. Algunos días después, le dije:

—Si quiero hacerlo no será muy difícil. Primero meteré el nido en una jaula, ataré la jaula al cerezo y la madre alimentará a los pequeños por entre los barrotes hasta que ellos no la necesiten.

Mi padre no me dijo nada de lo que de estos medios pensaba.

Por lo tanto, instalé el nido en una jaula, la jaula sobre el cerezo y sucedió lo que yo había previsto; los jilgueros viejos, sin vacilar, acudieron con los picos llenos de orugas para sus pequeños. Mi padre, desde lejos observaba, entretenido como yo, su florido vaivén y su vuelo teñido de rojo sangre y amarillo azufre.

Una tarde, dije:

—Los pequeños son ya bastantes fuertes. Si estuvieran libres huirían volando. Los dejaré que pasen una última noche en familia y mañana los llevaré a casa, los colgaré en mi ventana y puedes creer que no habrá en el mundo unos jilgueros mejor cuidados.

Mi padre no dijo lo contrario.

Al día siguiente encontré la jaula vacía. Mi padre estaba allí, testigo de mi estupor.

—No soy curioso — dije — pero quisiera saber quién ha abierto la puerta de esta jaula.

—Yo he sido — contestó mi padre. Y agregó: —Los pájaros han sido hechos para volar libremente. ¿Qué dirías tú si algún hombre cruel te encerrara para siempre entre rejas?

Julio Renard.



Mariano Moreno

Al hablar de la Revolución de Mayo y de los hombres que realizaron aquella grandiosa jornada de nuestra emancipación, un nombre surge imponente: el de Mariano Moreno.

Joven, lleno de entusiasmo, fogoso, de inteligencia viva y carácter enérgico, debía, por sus naturales condiciones y

por su gran amor a la Patria incipiente, desempeñar un brillante y destacado papel.

En efecto, todos los patriotas de aquella hora, amaban a su Patria por encima de todas las cosas, y pusieron siempre, sin vacilar, sus bienes y sus vidas al servicio de ella. Pero de entre todos, Morenò, por su ilustración y lectura, sabía que no bastaba quererla para hacerla grande: era necesario comunicarle rumbos nuevos y decididos. No debía consistir la Revolución en un simple cambio de Gobierno, que de manos españolas pasara a manos criollas; sino que debía edificarse una Patria nueva, asentada sobre ideales y propósitos distintos de los que hasta ese entonces habían regido.

Moreno se propuso que en la nueva Patria todos los hombres fueran libres e iguales ante la ley, por humildes que fueran las condiciones de su origen, y que todos, hermanados en un mismo ideal, pudieran fundar una Patria de amor y de justicia. Desde su puesto de Secretario de la Junta, luchó y consiguió aunque a costa de grandes sinsabores, parte de lo que se propuso. El destino impidió que siguiera aportando su concurso valiosísimo, pero sus ideas fueron tan fecundas, que poco a poco se abrieron paso y acabaron por imponerse. Es esta la más pura gloria de Moreno, y por ello el pueblo argentino lo venera.

Nació en Buenos Aires, el 23 de septiembre de 1778, y murió en alta mar el 4 de marzo de 1811. Su vida fué corta, pero la luz que proyecta su obra, brillará por siempre en las páginas de la Historia argentina.

Los ñandúes

LOS ñandúes o avestruces americanos, representan en Sud América a los avestruces del antiguo continente, distinguiéndose de éstos por tener tres dedos en el pie, en vez de dos.

Los ñandúes tienen el pico aplanado y ancho, las ventanas nasales anchas, ovaladas, y situadas en la parte mediana del pico, en un surco membranoso. El cuello es largo y emplumado, las alas son en proporción largas, pero provistas de plumas blandas y delgadas; la cola es rudimentaria. Los tarsos son largos, muy robustos, y cubiertos anteriormente con escudos transversales. Los dedos cortos y fuertes tienen uñas robustas y comprimidas lateralmente.

Viven en las llanuras en pequeñas bandadas haciéndose cada día siempre más escasos al estado libre.

El mes de julio, es la época en que empiezan a juntarse las parejas. El nido consiste en una simple depresión del suelo en la cual varias hembras ponen cada una de ocho a doce huevos en el mismo nido. Si en la bandada las hembras son numerosas, entonces los machos las alejan antes de que hayan concluido de poner todos los huevos y empiezan ellos mismos a incubarlos. Las hembras que no han concluido la postura, depositan entonces los huevos fuera

del nido en cualquier parte del campo y estos huevos son conocidos con el nombre de "guachos".

La coloración de los huevos es distinta según las especies, siendo cuando frescos de un amarillo dorado en la especie mayor, y de un verdoso oscuro en la menor; pero estos colores se destiñen muy pronto. Los machos, además de incubar, tienen también a su cuidado la protección de los pichones, llamados en algunas provincias "charabones".

El ñandú se domestica fácilmente y sus plumas tienen un cierto valor comercial. Habitan exclusivamente el continente sudamericano, desde el NE. del Brasil, Perú, Bolivia, Chile y República Argentina, hasta el estrecho de Magallanes. Una especie se encuentra también en las altiplanicies de la Cordillera de los Andes, en Chile, Perú, Bolivia y NW. de la República Argentina.

R. Dabbene.



Apólogos

EL HIJO SABIO

EL hijo regresó de la ciudad.
En el pueblo, su padre le dijo:
—Hoy es la recolección; toma el rastrillo y ven a ayudarme.
Pero el hijo, que no quería trabajar, contestó:
—He aprendido ciencias y no recuerdo el lenguaje de los campesinos. ¿Qué instrumento es ése?
Salió, y en el patio, pisó el rastrillo, cuyo mango le dió en medio de la frente. Debíó recordar entonces, porque fro-tándose la parte golpeada, murmuró:
—¿Qué necio habrá dejado ahí ese rastrillo?

EL MUJIK Y EL ESPIRITU DE LAS AGUAS

UN mujik dejó caer su hacha en el río, y apenado rompió a llorar. El Espíritu de las aguas se compadeció de él, y presentándole un hacha de oro, le preguntó:
—¿Es la tuya?
—No, no es la mía — respondió el mujik.
El Espíritu de las aguas llevóle otra de plata.
—Tampoco es esa — dijo nuevamente el mujik.
Entonces el Espíritu de las aguas llevóle su propia hacha. Viéndola, el mujik exclamó:
—¡Esa es la mía!
Para recompensarle su franqueza, el Espíritu de las aguas le regaló las tres hachas.

De vuelta a su casa, el mujik mostró su regalo contando aquella aventura a sus amigos. Uno de ellos quiso hacer lo que él; fué a la orilla del río, dejó caer su hacha y rompió a llorar.

El Espíritu de las aguas presentóle un hacha de oro y preguntó:

—¿Es la tuya?

—¡Sí, sí, es la mía! — respondió el mujik lleno de gozo.

El Espíritu de las aguas no le dió ni la de oro ni la suya en castigo de haberle engañado.

León Tolstói.



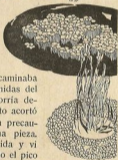


El gorrión heroico

VOLVIA de cazar y caminaba por una de las avenidas del jardín. Mi perro corría delante mío. De pronto acortó el paso y siguió avanzando con precaución, como si husmeara alguna pieza. Observé a lo largo de la avenida y vi un pichoncito de gorrión, amarillo el pico y todavía en la cabeza el plumón de la infancia.

Había caído del nido (el viento balanceaba con fuerza los abedules de la avenida), y se mantenía inmóvil agitando lastimosamente sus alitas apenas emplumadas.

El perro se le aproximaba, los músculos tensos, cuando de pronto, arrancándose a una de las ramas vecinas, un



viejo gorrión de pecho negro, cayó como una piedra justamente delante del hocico del perro, y crispado, loco, jadeante, con chillidos dolorosos, desesperados, por dos veces saltó hacia las fauces abiertas, erizadas de agudos dientes.

Se había arrojado para salvar a su hijo, y quería servirle de muralla. Pero su cuerpo temblaba de terror; su grito era ronco y salvaje; moría, sacrificaba su vida.

¡Qué monstruo enorme debió parecer el perro a sus ojos! Y sin embargo, no había podido permanecer en su rama tan alta y tan segura; una fuerza más poderosa que su voluntad lo había empujado. El perro retrocedió. Diríase que había reconocido esa fuerza. Yo, lleno de confusión, me apresuré a llamar a mi perro, y me alejé lleno de una especie de santo respeto. Sí; no os riáis, era respeto lo que experimentaba ante ese pajarillo heroico, ante el impulso de su amor.

Iván Turguenef.



El niño y la estrella

En el fondo de un cubo de agua clara
un niño vió una estrella rutilante;
tan pequeña la vió, cual si brillara
entre diáfanos velos un diamante.

—Dadme esa hermosa estrella, madre mía—,
dijo, y al punto en los maternos brazos,
rompió a llorar con pertinaz porfía,
y su polichinela hizo pedazos.

Victor Hugo pasaba; la querella
oyó, miró al instante con cariño,
y piadoso exclamó: —¿Por qué la estrella
no se la dáis, buena mujer, al niño?

—Se la diera, señor, de buena gana,
si tomarla pudiera el brazo nuestro,
como las flores que hay en mi ventana.
—Veremos; aguardad — dijo el maestro.

Dirigióse al buen Dios, que allá en la cumbre
del cielo azul su trono tiene fijo
en regio alcázar de perpetua lumbre.

—Quiero un lucero; ¿me lo dáis? — le dijo.

Es para un niño débil e inocente.

—¿Me lo devolverá? —Seguro. —¿Intacto?

—Yo respondo. — Y el astro refulgente
Victor Hugo tomó tras de aquel pacto.

Lo entregó al pequeñuelo caprichoso
diciendo: —Aquí lo tienes. Y al oído
le añadió con acento cariñoso:

—Y si lo rompes tú, di que yo he sido.

Cátulo Mendes.



Óleo de E. Norman

Mi mujer y mi hijo

La zorra y el caballo

UN labrador tenía un caballo que le había prestado excelentes servicios, pero que era ya demasiado viejo para trabajar, y decidió no darle más de comer. Se acercó a él y le dijo:

—No te necesito para nada; vete de la cuadra y no vuelvas hasta que no seas más fuerte que un león.

Muy apenado el pobre caballo marchó de un lado a otro del bosque en busca de un lugar en donde guarecerse del frío y de la lluvia que le azotaban, cuando encontró una zorra que, al verle tan triste, le preguntó:

—¿Qué te pasa, amigo mío? ¿Por qué llevas la cabeza arrastrando y tienes un aspecto tan angustioso?

—¡Ay! — respondió el caballo. — Mi amo ha olvidado cuanto por él hice durante muchos años, y ahora que no puedo trabajar, me arroja de la cuadra diciendo que no vuelva hasta que no sea más fuerte que un león.

La zorra le dió ánimos y prometió ayudarle:

—Tiéndete en el suelo y ponte rígido como un cadáver.

Hízolo así el caballo, y la zorra fué en busca de un león que tenía su guarida en aquellas inmediaciones.

—A poca distancia de aquí — le dijo — hay un caballo muerto. Ven conmigo, que su cuerpo te proporcionará un excelente banquete.

Muy contento, el león se puso en marcha con la zorra, y a poco llegaron a donde el caballo, inmóvil, los esperaba.

—Una cosa se me ocurre — dijo la zorra. —Aquí no podrias comértelo con comodidad. Sería mejor que yo lo atase a tu cola, y así, arrastrándolo, lo llevarías a tu cueva, donde con toda comodidad podrias satisfacer tu apetito.

Aceptó el león la idea, y siguiendo los consejos de la zorra, recostóse confiadamente en el suelo. La zorra le ató el caballo a la cola, y además le amarró fuertemente las patas, dejándole sin poder hacer movimiento alguno. Terminada la operación, dió un golpe al caballo en el lomo, gritándole:

—¡Arriba!

Incorporóse el caballo y corriendo se llevó al león que rugía y chillaba, asustando a su paso a todos los animales del bosque. El caballo continuaba su carrera sin ocuparse del furor de su prisionero, y llegando a casa de su amo:

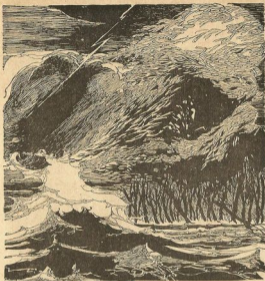
—Aquí me tienes — le dijo — más fuerte que un león. Mirale dominado por mí.

El campesino se compadeció de su fiel servidor y le dijo:

—Deja en libertad a tu prisionero y entra a la cuadra donde nada te faltará mientras yo viva.

* * *





Los dos amigos

I

EN el real p^{al}acio de Dionisio, el tirano, entró una noche, Moros. Ansiaba librar a su pueblo del d^{es}pota y llevar a

en la mano un puñal. Mas he aquí que al llegar a la antecámara del rey le detiene un arquero y da la voz de alarma y acude toda

la guardia y llega el tumulto al mismo rey.

—¿Qué intentabas viniendo aquí con mano armada?— preguntó Dionisio.

Moros repuso con toda verdad:

—Libertar a mi pueblo.

—¿Sabes que tu intento te conduce desde aquí al cadalso?

—Lo sé.

—Disponte, pues, a morir.

—Presto estoy a ello— contestó Moros. Mas antes he de pedirte una merced: no es perdón ni piedad. Mi hermana se va a casar y quisiera asistir a la boda como es uso. Si yo faltara ese día, y se llegara a saber el motivo porque faltara, la alegría de mi hermana y de los míos se trocaría en horrible pesar. Después que la fiesta haya terminado, tiempo tendrán de saber su desdicha y la mía. La gracia que te pido es, pues, que me dejes ir a esa boda. Para ir y volver me bastan tres días: en rehenes os dejaría a mi amigo, el que me es más amado en este mundo.

El rey se echó a reír. Y, al fin, dijo:

—Bien: no quiero que pueda decirse que he negado a un sentenciado su último deseo. Irás a la boda de tu hermana y para ir y volver tendrás tres días, durante los cuales, ese tu mejor

amigo, al que dices tanto amar, quedará preso en tu lugar. Mas tened él y tú en cuenta, que si al cabo de tres días con sus noches no estás de vuelta, tu generoso fiador subirá por ti al cadalso, y pagará por ti con la cabeza.

Moros hizo entonces llamar a su amigo y le comunicó la cruel condición a que el rey le obligaba para dejarle ir a la boda. Y su amigo le amaba tanto que, sin contestarle, le abrazó estrechamente y fué a ponerse bajo la custodia de Dionisio.

Marchó Moros a la boda de su hermana. Pero no pudo estar tranquilo ni en el baile ni en el convite, porque le atormentaba, no tanto el temor de morir, como el del peligro que su amigo corría.

Ni en las danzas bailó con las muchachas, ni apenas demostró alegría al ver a sus ancianos padres, de quienes vivía separado desde hacía largos años. Y al llegar la noche, anhelante por volver cuanto antes a relevar a su amigo del trance en que le había dejado, se despidió de todos, abrazó estrechamente a los suyos, salió de la casa cuando aun estaba en lo mejor la fiesta, y emprendió el camino de vuelta hacia la corte del tirano.

II

Y he aquí que la noche era más oscura que la boca de un lobo y en el cielo se agolpaban, enormes y negras, las nubes. La tormenta se acercaba por momentos y Moros tenía que atravesar un ancho río. Llegaba ya a su orilla cuando la tempestad se desencadenó con extraordinaria violencia. El agua cala tan espesa que ocultaba los árboles del bosque; la selva entera era un torrente desbordado. Se inundó el llano, y el puente que, sobre el río, servía a los caminantes para pasar de un lado a otro, se derrumbó hundiéndose en las aguas.

Entonces Moros, sin sentir ni siquiera el agua que le cubría empapando sus cabellos y sus ropas, corrió desalentado, loco, por la ribera, llamando a un barquero que le pasara al otro lado. La idea de no llegar a tiempo de relevar a su amigo le horrorizaba, le helaba la sangre en las venas.

Y el río crecía más y más. Moros trataba de dominar con su voz el trueno; y seguía llamando al barquero e implorando auxilio y compasión. Pero

nadie le oía. Y el río seguía creciendo. Y las horas pasaban.

Entonces Moros cayó de rodillas exclamando:

—¡Señor, tú que todo lo puedes, calma las olas encrespadas!

Pero el río seguía creciendo y creciendo y las horas huían.

Entonces Moros se arrojó al río y lo cruzó a nado. Y llegó sano y salvo a la otra orilla. Siguió su camino. Cesó la tempestad. Mas al hundirse en un bosque le atacó una cuadrilla de facinerosos, de fachas tan horribles que causaban espanto sólo al verlos. Iban todos armados hasta los dientes con la clava y la cuchilla. Y, como antes con la tormenta y la inundación, Moros no pensó en sí mismo, sino en su amigo, que habría de sufrir por él pena de muerte. Así, acallando su orgullo que le mandaba morir allí peleando como un león, se arrojó a los pies de los bandidos y les suplicó gracia.

—¡Nada llevo conmigo! Sólo mi vida, y aun ésta es del rey.— clamó.

Pero ellos, sin hacer caso de sus súplicas, le amenazaron de muerte.

—¡Mi amigo morirá por la culpa que sólo yo he cometido!
—repetía. ¡Dejadme acudir a salvarlo!

Y los bandidos redoblaban sus amenazas y le herían con sus cuchillos y le golpeaban.

—¡Os juro que a mi muerte se os dará el oro que reclamáis ahora!

Y ellos ponían la punta de sus cuchillos sobre su corazón.

Y el tiempo huía, huía...

Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dió un salto formidable y arrebató la clava a uno de los malhechores. Se revolvió después contra ellos y derribando al que estaba más cerca, arrancóle de la mano el cuchillo, que hundió en el pecho del que le seguía. Al golpe de su brazo fuerte cayó un enemigo; luego otro, luego otro.

Y los demás, ante aquel furor inusitado, y ante aquel hombre que, después de gemir suplicante, parecía ahora invencible, huyeron sin defenderse.

Pero las horas huían también. El Sol empezaba a salir. Y cuando Moros más corría y corría, más parecía alejarse de la corte de Dionisio.

Al fin, cuando ya se hallaba casi al alcance de la ciudad, se sintió sin más fuerzas y cayó al suelo sin dar cuenta de sí. Sus

sentidos se nublaban, la vida le abandonaba ya. La sed le atormentaba como si se abrasara por dentro; no podía dar ni un paso más. Tenía los vestidos empapados en sangre y agua y sus heridas se abrían, se desgarraban. La fatiga le mataba y el suplicio de la sed le torturaba en aquellos últimos momentos.

Entonces Moros levantó los ojos al cielo.

—Si me has salvado de la furia de los elementos y de la maldad de los hombres, ¿por qué me dejas ser vencido por la propia fatiga?— clamó.—Si he llegado con tu ayuda hasta aquí, ¿por qué no he de andar unos pasos más hasta el lugar en que por mí va a perecer mi amigo? Sólo quiero llegar hasta él; dame tu ayuda.

Y he aquí que apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando oyó, suavísimo, el borbotear de una fuente. Su misma sed le dió impulso para moverse y seguir arrastrándose por el camino que el ruido del agua le marcaba. Y llegó a ella y bebió.

Ya refrigerado, pudo, aunque con mil trabajos, seguir su camino.

Pero las horas habían corrido más que él y ya el Sol se ponía.

III

Cerca de la ciudad se formaban grupos de gentes que hablaban en voz baja y con cara de pena.

—Faltan pocos momentos para la ejecución, dicen unos viajeros.

—Y la justicia de Dionisio no aguarda, responden otros.

—Desde esta mañana trabajan en levantar el cadalso...

—Y una vez más caerá el inocente y se salvará el culpable...

Cada frase por este estilo que Moros escuchaba, era a su corazón como una víbora que le hiriese. Sin cuidarse ya de sus heridas, ni del agua ni la sangre de que estaba empapado, voló, más que corrió, hasta hallarse en el centro de la ciudad.

Allí, en medio de la plaza, se levantaba el cadalso. En él el verdugo ponía ya su mano en el inocente y generoso amigo de Moros.

Mas he aquí que la presencia de aquel hombre harapiento, destrozado, medio muerto, lleno de heridas, empapado en agua mezclada con sangre, hizo que la ejecución se detuviese un instante. Al pie del cadalso, Moros gritó al verdugo:

—¡A mí! Yo soy quien debe morir y no mi amigo.

Y de un inesperado salto llegó hasta encima del tablado y se abrazó a su amigo con todas sus fuerzas. Hubo un momento de lucha, el uno por el otro, los dos querían morir y al fin decidieron que morirían juntos. Entonces, el rey Dionisio, que presidía la ejecución, sintió por vez primera que su corazón se conmovía y las lágrimas acudían a sus ojos. Y llamó a los dos amigos ante el trono.

—No quiero que muera ninguno de los dos, dijo con voz solemne, sino que viváis ambos para ejemplo de lo que debe ser una amistad leal. Vosotros me habéis hecho ver que la fidelidad es algo más que un nombre. ¿Queréis hacerme el honor de darme un tercer lugar en vuestro afecto?

Y hay quien dice — aunque algunos lo nieguen — que el tirano desde aquel día, se dejó guiar por los consejos de "los dos amigos". Y como ellos eran buenos y nobles, él fué bueno y noble también.

*Federico Schiller.
(Adaptación)*

De cómo un labrador engañó al diablo

LOS diablos poseían en aquel tiempo una isla desierta. Ocurrió que un labrador, empujado por la miseria, se atrevió a sembrar trigo en ella. Vióle un diablajo y le preguntó qué hacía. El pobre hombre le contestó que sembraba aquel campo de candeal para ganarse la vida.

—Está bien — repuso el diablillo — pero esta tierra no es tuya, es mía. Como yo no he nacido para sembrar trigo, te dejo el campo a condición de que partamos la cosecha.

—Está bien — repuso el labrador.

—Bueno; de la cosecha venidera haremos dos lotes: uno con lo que crezca sobre el suelo, y otro con lo que quede envuelto en la tierra. La elección me pertenece. Elijo lo que quede debajo de tierra. ¿Cuándo será la recolección?

—A mediados de julio — repuso el labrador.

—No faltaré — contestó el diablo. —Cumple tú con lo demás como es tu deber. Trabaja, villano, trabaja.

Mediaba julio y llegó el diablo con un escuadrón de diablillos amigos suyos. Encontró al labrador y le dijo:

—¿Cómo te ha ido, villano, desde que nos vimos? Aquí me tienes para hacer la repartición.

El labrador con sus gentes comenzó a segar el trigo, al mismo tiempo que los diablillos afanosos arrancaban de tie-

rra las cañas. El labrador trilló y aventó su trigo, lo puso en sacos y lo llevó al mercado para venderlo. Los diablillos marcharon detrás con sus cañas. El labrador vendió muy bien su trigo. Los diablos nada vendieron; por el contrario, los aldeanos se burlaron de ellos en pleno mercado.

—Esta vez me engañaste — dijo el diablo. —Otra no me engañarás.

—Señor diablo — repuso el labrador—, ¿cómo puedo haberos engañado si vos elegisteis? Lo que quisisteis fué engañarme esperando que nada saliera de tierra, y encontrar, en cambio, dentro, lo que yo había sembrado. Elegisteis, pues, lo peor.

—Dejemos eso — dijo el diablo. —¿De qué vas a sembrar este año nuestro campo?

—Para aprovechar bien el barbecho, convendría sembrar nabos.

—Bueno, veo que eres un villano de bien. Siembra muchos nabos que yo los defenderé de las tempestades y no helará por encima. Pero entiéndelo bien: será mío lo que quede sobre la tierra, y tuyo lo de abajo. Trabaja, villano, trabaja.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha, apareció el diablo con un escuadrón de diablillos que empezaron a segar y recoger las hojas de los nabos. Detrás de ellos, el labrador cavaba, recogía y sacudía gruesos nabos y los guardaba en sacos. Marchan juntos al mercado; el labrador vende sus nabos muy bien; el diablo nada vende, y lo que es peor, se le burlan públicamente.

—Ya veo, villano, que me has engañado por segunda vez. Es preciso que lo del campo termine entre nosotros. Trabaja, villano, trabaja, que yo me voy a lo mío.

El diablo avergonzado, no apareció nunca más, y el labrador quedó dueño del campo para siempre.

Francisco Rabalais.



El flautista

HACE por lo menos quinientos años, la ciudad de Hameln fué invadida por una innumerable multitud de ratas.

Las ratas luchaban con los perros, mataban a los gatos, mordían a los niños en sus cunas, lamían la sopa en el mismo cucharón del cocinero y desfondaban los barriles de pescado seco con gritos penetrantes y agudos. Devoraban todo, absolutamente todo.

Los habitantes de la ciudad, temblando de miedo, no osaban dormir y aun temían morir de hambre.

A fin de consultar las medidas de defensa, el burgo-maestre reunió a los consejeros municipales en la Casa del Ayuntamiento. Se buscó durante largo rato el medio de desembarazarse de los invasores, pero nada se encontró que satisficiera.

Oyóse entonces golpear la puerta de la sala, muy quedo. He aquí que entra un personaje extraño de piel bronceada; los ojos azules, penetrantes como agujas; la boca inmensa, por donde pasaban, cuando hablaba, pavorosas sonrisas. Vestía a la moda antigua, un traje singular, mitad amarillo, mitad rojo.

—Perdonadme, señores — dijo adelantándose. —Yo puedo librar vuestra ciudad de las ratas que la infectan, siempre que prometáis darme mil florines.

—¿Mil florines? ¡No, cincuenta mil! — tal fué el grito unánime de los consejeros municipales.

El hombre bajó entonces a la plaza, y sacando una flauta de caña de un saquito de cuero que pendía de su cinto, la llevó a los labios.

Apenas había comenzado a tocar un aire de extraños sonidos, cuando se vieron salir de todas las casas, de todos los sótanos, de todos los graneros, de todos los agujeros, ratas en tropel que desembocaban en todas las calles y que formaron en un instante enorme y agitada multitud.

De calle en calle iba el flautista tocando, y las ratas paso a paso le seguían y se apretaban y se atropellaban. Las condujo así al río Weser, donde todas zambulleron y murieron ahogadas. No quedaban, pues, ratas en la ciudad de Hameln.

El hombre volvió entonces a la Casa del Ayuntamiento en busca de la recompensa prometida. Los consejeros municipales, que no tenían nada que temer de las ratas ni del flautista, se negaron a pagarle y aun se burlaron de él.

El extranjero insistió en que la promesa hecha por él

había sido cumplida lealmente, pero se le puso en la puerta de calle llamándole "el hermoso mata ratas".

Bajó el flautista de nuevo a la plaza, y de nuevo llevó a los labios la flauta de caña. Apenas había sonado tres notas tan dulces como jamás músico alguno las había hecho oír tan suaves, cuando todos los niños de la ciudad llegaron corriendo, y con gritos y risas alegres siguieron tras el misterioso personaje.

El burgomaestre y su consejo se trasladaron también a la gran calle que conduce al Weser, pero el flautista tornó bruscamente a la montaña.

Cuando estuvo al pie de las grandes rocas, vióse abrir delante de él un portal maravilloso, como si una caverna se ahuecara de pronto. El flautista penetró en ella; los niños le siguieron. Oyóse todavía durante algún tiempo el sonido de la flauta, pero poco a poco fué disminuyendo hasta apagarse por completo.

Y cuando todos los niños entraron, la puerta de la montaña se cerró para siempre.

Roberto Browning.



Chacabuco

LOS españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones, que demostraban la sorpresa y el temor que les infundía el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando de Maroto, al pie de la cuesta de Chacabuco. Allí fué a buscarlos San Martín el día 12 de febrero de 1817.

A las dos de la madrugada comenzaron a moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos: el uno a las órdenes de Soler y el otro a las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca, rodeado de su Estado Mayor; a media legua de la cuesta donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron a operar, la una a la derecha, la otra a la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas a la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos a caballo, mandados por Zapiola, y el concurso oportuno de Necochea, pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron a huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del mediodía estaban en poder de los vencedores todo el parque de los realistas, sus cañones, armamentos y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde, y a consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la Catedral de Buenos Aires.

El vencedor de Chacabuco quedó inscrito desde el memorable 12 de febrero en el número de los grandes capita-

nes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la Tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. A las tres de la tarde del 26 de febrero, el Directorio, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo a las banderas nacionales de los cuerpos de patricios. El pueblo se agolpó a presenciar aquel espectáculo, y sus alegres exclamaciones se mezclaron a las salvas de la artillería y a los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba a nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: "Gloria inmortal a cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas".

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos a favor de su hija doña María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: "*La Patria en Chacabuco, al vencedor de los Andes y libertador de Chile*".

Juan María Gutiérrez.



La travesía de los Andes en globo

LOS primeros cerros de la cordillera parecían hundirse para dejarnos paso, pero mostrándonos detrás de ellos el inmenso océano de cumbres heladas que tendríamos que atravesar. El ascenso era cada vez más vertiginoso y el gas, por efecto de la depresión atmosférica, se había dilatado hasta



ocupar por completo el volumen del globo, que lo dejaba escapar por su ancho apéndice en una gruesa bocanada que llegaba hasta nosotros.

Habíamos llegado ya a 6.000 metros de altura en sólo 15 minutos; desde que se inició el ascenso hasta los 5.000 m., nuestros organismos no habían sufrido alteración alguna, salvo un pequeño aumento de pulsaciones. El "Eduardo Newbery" cruzaba veloz sobre Santiago, enfilando rectamente la cordillera en dirección al Este, algunos grados al Norte; parecía que íbamos en línea recta al Tupungato que se erguía majestuoso sobre aquel infierno de nieves, destacando su hermosa silueta cónica coronada por una larga y blanca nubecilla.

Un furioso huracán invisible en medio de la placidez de aquel cielo azul, nos impulsaba sobre los picos más altos de la cordillera, y tan fuerte era el viento que, siendo la superficie del globo mayor que la de la barquilla, ésta quedaba retrasada en la marcha formando así un plano inclinado.

Con los relojes en la mano, esperábamos ansiosamente que el globo quedara sobre los primeros cerros. A las 9 horas 25 minutos, nos internábamos sobre los Andes a una altura de 6.500 metros. Avanzábamos rápidamente sobre regiones completamente cubiertas de nieve, ya muy cerca de los primeros cerros. Los grandes macizos cordilleranos, por efecto de la distancia y de sus grandes elevaciones se alzaban hasta el nivel mismo de nuestros ojos, haciéndonos pensar que no teníamos la altura suficiente para sobrepasarlos, pero nos tranquilizaron los altímetros y barógrafos registradores, que marcaban 7.000 m. al llegar al cerro El Plomo de 5.340 m.; sin embargo, cejimos prudente ascender más, para estar siempre fuera del alcance de los remolinos que pudieran formarse en aquellas regiones.

Procedimos primeramente a colocarnos las caretas inha-

ladoras de oxígeno, pues la rarefacción del aire molestaba ya demasiado, y en seguida empezamos a deslastrar paulatinamente el globo.

Mientras tanto, estábamos ya en pleno océano de nieve, y el espectáculo tomaba tñtes cada vez más fantásticos: abismos profundos que parecían no tener fondo, bordeados por picachos gigantescos y afilados que se alzaban como para detener nuestra marcha, se repetían en una sucesión interminable. El sordo rumor del viento, que subía de tono cual el de un mar embravecido; el frío glacial, frío de muerte que entumecía nuestros miembros; la inmensa soledad arriba y abajo, le daba a todo aquello el colorido de uno de esos cuentos de encantamiento.

Y en medio de aquel cuadro imponente y majestuoso, la infinita pequeñez del hombre triunfante, en la infinita grandeza del espacio.

Nuestra marcha continuaba admirablemente y en línea recta al cerro Juncal de 6.060 m., sobre el cual pasábamos a las 11 horas, transponiendo allí la frontera. Nos encontrábamos en plena cordillera, sobre uno de los picos menos accesibles, ya que para llegar a él, en verano, es necesario andar por lo menos dos semanas con toda clase de elementos. Hacia el Norte se elevaban soberbios, sobre aquel hervidero de montañas, el Aconcagua, el Tolorsa y el Almacenes, todos luciendo magníficos penachos de nubes blancas de caprichosas formas. Hacia el Sudeste, el Tupungato, siempre truncado por una larga nube, iba cambiando de forma a medida que cambiábamos nuestro punto de mira. Habíamos alcanzado una altura máxima de 8.100 m. y una temperatura mínima de 32° bajo cero.

En aquel interminable cambiar de formas de los picos y de los abismos, aparece de pronto hacia el Norte una profunda quebrada, por cuyo fondo corre un torrentoso río. Nuestra atención quedó fijada en aquel punto, y las cartas

nos indican el río Mendoza; instantes después divisábamos la estación del ferrocarril, Uspallata, y la vía serpenteando a la par del río.

Fué aquel un momento de intensa y suprema emoción, en el que con cierto orgullo insolente, como si sintiéramos a la muerte y a la furia de los elementos encadenados a nuestra voluntad humana, nuestros pulmones, a pesar de estar debilitados por la falta de oxígeno y por la enorme depresión atmosférica, dejaron escapar un poderoso y vibrante grito de "¡Viva la Patria!", que el eco repitió hasta el cansancio, como si hubiera sido lanzado por pechos de gigantes para que rodando de cerro en cerro, llegara hasta los confines del mundo anunciando que la bandera argentina había cruzado por sobre los picos más altos del universo.

Eduardo Bradley.





La República en 1816

BORRAD con la imaginación, del mapa de la República, todas las líneas de ferrocarriles que la cruzan; y todas las colonias de agricultores que fecundizan su suelo; y todos los pueblos y ciudades que brotaron con la paz y el trabajo a través de los años; y de los diez millones de habitantes que viven hoy con holgura en su territorio, dejad solamente dos millones. Contemplemos ahora el cuadro así modificado: una inmensa llanura verde extendiéndose por doquiera, matizada por bosques, y elevándose paulatinamente desde las playas atlánticas hasta las cumbres andinas. Perdidos en ella, algunos pueblos que jalonan la conquista de ese inmenso desierto verde: Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago, Córdoba, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis, Santa Fe, Corrientes, Paraná, Luján, y esta inmensa urbe en que vivimos que era, en aquel entonces, un pueblo grande. Uniéndolos, largos caminos que las carretas perezosas habían pelado de pasto. Aquí y allá, a distancia de muchas leguas, casuchas y rancharíos perdidos en la llanura: eran las estancias o las postas, donde las galeras y correos cambiaban los fatigados animales de tiro.

El viajero que atravesara este territorio, cansaba su vista en la extensión inmensa sin ver más que el pasto verde, los bosques medrosos, llenos de peligros; tropillas de vacas

y caballos que miraban, entre curiosos y espantados, la caravana ruidosa que cruzaba, dando tumbos, las vastas soledades. Muy de tarde en tarde, algún jinete, galopando por el llano, mostraba que también vivían hombres, muy pocos, en aquellos desiertos. Y no era de extrañar que así fuera; los hombres habían ido a la guerra, porque la Patria necesitaba de sus vidas para libertarse, y no volvían a sus campos abandonados porque la guerra era larga, y ellos querían tener Patria propia. Era, pues, necesario el sacrificio, para que sobre su sangre y sus huesos a modo de cimientos, se elevara el gigantesco edificio que hoy constituye nuestra República. Porque Patria propia quería decir: poblar el desierto; sembrar pueblos y ciudades en el silencio de las llanuras; romper el suelo virgen con el arado fecundador; arrancar a la tierra sus tesoros fabulosos y rayar el mapa con caminos de hierro que llevaran a las más apartadas regiones la voz del progreso.



Un cochero que merecía andar dentro del coche

NO HACE muchas semanas salía una mujer de cierta bohardilla. Anduvo pocos pasos, y abrumada por el infortunio se sentó en la escalera llorando como lloran los que no tienen quien los consuele. Muy anciana, absolutamente imposibilitada para trabajar por un grave padecimiento en la mano, muy sorda y completamente desvalida, acaba de ser arrojada de la casa, donde hacía muchos meses que no podía satisfacer nada por el hospedaje. No tiene pariente ni amigo a quien dirigirse para que la recoja, y en su abandono llora, llora y llora. Un hombre sube; es el cochero que vive en la buhardilla de al lado, y que viendo su aflicción, se pára y le pregunta qué tiene. Aunque no oye, comprende la pregunta: un desdichado adivina fácilmente lo que le quiere decir el que lo com-
padece.

—¿Qué tiene usted, señora N.?

—Me echan, señor N., me echan; ya veo que tienen razón...

—¡Razón!

—Hace meses que no les doy nada... no puedo. No tengo donde ir; esta noche dormiré en la calle, y me moriré de pena y de frío.

Los sollozos impiden continuar a la pobre abandonada;

el hombre calla, acaba de subir la escalera y entra en su casa. Su mujer le mira y le dice:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Acabo de encontrar a la señora de N., hecha un mar de lágrimas; mira, me ha partido el corazón. No puede pagar, es claro, y la echan; esta noche no tiene donde recogerse.

—¡Válgame Dios, qué pena! ¡Con tanta edad, y enferma, y sorda, y sin tener a nadie que mire por ella!

—Mira; mujer; verdad es que no gano mucho; nuestro cuarto es bien pequeño, pero la pobre mujer se meterá en cualquier rincón. Tenemos hijos que quizá puedan verse algún día como ella se vé y para que Dios los ampare, amparémosla.

—Sí, por cierto. Yo no me habia atrevido a decírtelo. Vete a buscarla.

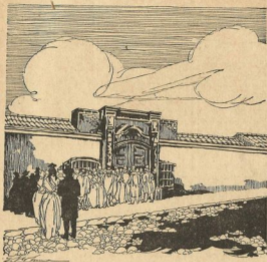
Y el hombre corre en busca de la anciana, y la mujer la recibe cariñosamente, y ambos la consuelan. La infeliz mujer enjuga sus lágrimas; apenas puede creer tanta felicidad: acaba de entrar en una casa donde no la echarán aunque no pague.

Al oír esta sencilla relación, no hemos podido menos de pensar: Merecería andar dentro del coche ese cochero.

Después nos ha ocurrido decirte, lector, el número del carruaje, para que le dieras una buena propina si alguna vez entras en él; pero preferimos suprimir toda indicación sobre este digno hombre, que no leerá estas líneas, y que está muy lejos de creer que ha hecho nada que merezca escribirse.

Por lo demás, si este hombre caritativo necesita alguna vez de otros que lo sean; si Dios lo pone en estado de no poder pagar ese albergue que abrió a la desgracia, entonces te diremos, oh lector amigo, quién es, dónde vive, y seguros estamos de que no lo sabrás en vano.

Concepción Arenal.



El Congreso de Tucumán declara la Independencia

I MAGINAOS una sala grande, pobrisima, de techo bajo, cuyas dos aguas forman ángulo en la parte media; de las vigas salientes, colgando, alguna lámpara; al frente, resaltando sobre la pared enjalbegada, un Cristo, tallado en marfil, clavado en su cruz de madera ne-

gra, extiende sus descarnados brazos abarcando el recinto. Es el único adorno que ostentan las paredes blancas, descascaradas en parte. Bajo el Cristo, la mesa de la presidencia, cubierta por una carpeta, cuyos pliegues llegan al estrado. Después, sillas para los diputados, no muy firmes, porque las baldosas rojas del piso están desperejadas y algunas rotas. Por esa ventana, defendida por rejas salientes de hierro, penetra a raudales el aire tibio y perfumado de un maravilloso día de invierno tropical.

Por grupos van llegando los diputados ocupando sus sillas o formando corrillos en los que se charla animadamente. Estos que llegan ahora son don Antonio Sáenz, don Pedro Medrano y don Tomás de Anchorena; discuten animadamente sobre la oportunidad de la declaración que van a formular; aquél, don Tomás Godoy Cruz, diputado por Mendoza, enseña a su colega por Salta, don Ignacio Gorriti, una carta de San Martín; en plácida conversación llegan dos frailes: el poeta franciscano fray Cayetano Rodríguez, opulento, y fray Justo Santa María de Oro, alto, delgado, resaltando su rostro tostado sobre su blanco hábito dominico; y siguen: Bulnes, Boedo, Castro Barros, Sánchez de Bustamante, Laprida, Serrano, Rivera... hasta veintinueve.

Suena una campanilla. Va a comenzar la sesión. La barra la forma el pueblo apretujado a las rejas salientes de la estrecha ventana. Es la democracia nueva congregada al anuncio de la orden del día que trata de la independencia. Allí están: el serrano, calmoso; el coya del norte, con su poncho rojo y azul; el ciudadano elegante y la mujer tucumana, cuyos ojos, cantados por los poetas, agranda la curiosidad.

En medio del silencio, las palabras del Secretario cobran extraña sonoridad. Escuchadle: ¿Queréis que las Provincias de la Unión, formen una nación libre e independiente de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli?

El silencio se hace más denso. Un estremecimiento eléctrico agita la asamblea. Todos de pie, "lentos del santo amor de la justicia", las manos extendidas hacia el Cristo macilento que con moribundos ojos los mira, como "invocando el Eterno que preside al Universo", contestan a una voz: ¡Sí, queremos!

Así nació la Patria en el rancho humilde que la posteridad ha cobijado con un palacio, y que es joya inapreciable del jardín tucumano.





La canción de la paz

Duermen los niños en sus cunas,
Las buenas madres velando están.
¡Duermen los niños! ¡Sueñan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
Vuela en los aires coro jovial.
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz.

El Sol fecunda las campiñas,
Los sembradores sembrando van,
Grandes cosechas colman el mundo:
Esa es la paz.

A la distancia, en la llanura,
Se eleva el humo del hogar;
Vuelan en torno las golondrinas:
Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
Diez mil navíos van a zarpar;
Por el mar vienen diez mil navíos:
Esa es la paz.

Por los caminos, en tumulto,
Los campesinos vienen y van;
Pasan cantando los campesinos:
Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,
Destruye y crea sin cesar.
¡Vibra la vida! ¡Triunfa la vida!
Esa es la paz.

Y en las aldeas y ciudades,
Y en las montañas y en las campañas,
Ninguno falta, todos están:
¡Están los viejos y están los jóvenes,
Están los hijos y están las madres!
Esa es la paz.

Mario Bravo.

Una carta

ESTIMADO compañero:

Después del accidente, ¡cuán claras me resultan las advertencias del maestro! Con oído sordo escuchaba días pasados sus indicaciones sobre los peligros del tráfico en este vertiginoso Buenos Aires. Posiblemente muchos de nosotros oímos con igual indiferencia las prudentes indicaciones de cruzar con cuidado la calzada, de hacerlo por las esquinas, y de vigilar atentamente a uno y otro lado, por si viene algún vehículo para evitar el ser atropellados.

Muy lejos estaba de suponer en ese momento, lo que iba a sucederme a poco de salir de la escuela. Tú sabes cómo fué: un pelotón de curiosos en la vereda de enfrente, escuchaba la transmisión radiotelefónica de un partido de fútbol. Como un torbellino, impelido por la curiosidad, crucé la calzada sin advertir la proximidad de un automóvil que marchaba velozmente. El golpe brusco me hizo perder momentáneamente el sentido, y cuando lo recobré me vi rodeado por multitud de personas, y vi que un agente de policía tomaba disposiciones para que se me condujera al hospital.

El médico dice que por un gran milagro no ha sido necesario amputarme la pierna derecha. ¡Imagínate lo que hubiera sido para el resto de mi vida!

No veo el momento de abandonar este hospital. Mi padre y mis amigos se afanan por hacerme agradables las horas;

¡pero son tan pocos minutos diarios!... ¡Cuán largos y aburridos me parecen los días! Dile a los compañeros que agradezco sus saludos, y repite al maestro mi agradecimiento por su visita. Dile también si sería posible que, para distraer el ocio, me prestara de la biblioteca "La Odisea", "La canción de Rolando" y "La cabaña del tío Tomás", que tendría mucho interés en releer.

Con saludos cariñosos, y esperando tu probable visita del jueves, se despide tu amigo. — *Ernesto*.





Jesús y el lobo

ERA en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, apareció una forma blanca también, como el caminante cubierto de nieve. En derredor de esa forma flotaba una claridad que venía, no de la luz, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allí donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bullo negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene como receloso a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo es-